

BIANCA®

Un hijo desconocido

Carole Mortimer

$3.99 U.S.
$4.50 CAN.

Un hijo desconocido

Carole Mortimer

Un hijo desconocido (2002)

Pertenece a la temática No molestar

Título Original: Liam's secret son (2002)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Bianca 1347

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Liam O'Reilly y Laura Carter Shipley

Argumento:

Cuando Liam le dijo que quería volver a formar parte de su vida, el primer impulso de Laura fue rechazarlo. No era que no lo encontrara atractivo: incluso después de ocho años la mirada del interesante novelista hacía que le temblaran las piernas, pero desde su marcha, Laura se había casado, había tenido un hijo y se había quedado viuda. Todo aquello la había vuelto más sabia y estaba más centrada en la vida que compartía con su pequeño.

Lo que más la inquietaba era que, si Liam no se hubiera marchado hacía tantos años, se habría enterado de algo que ahora Laura se veía obligada a contarle… que él también tenía un hijo…

Capítulo 1

—¿Se te ha caído una lentilla en la taza de té?

Le temblaron las manos al oír aquella voz con fuerte acento irlandés, pero Laura intentó disimular.

Dé ja vu.

Pero no era solo la impresión de haber vivido aquello antes… lo había vivido. Hacía ocho años.

¿De dónde había salido? Estaba sentada en el bar de un lujoso hotel, de cara a la puerta, y, sin embargo, Liam O'Reilly había conseguido entrar sin que lo viera.

Laura dejó la taza sobre el plato, intentando aparentar una tranquilidad que no sentía. Pero no se volvió.

—Estoy tomando café, no té. Y ya sabes que no llevo lentillas.

—De todas formas… —él estaba muy cerca, rozando con su aliento los rizos oscuros de su nuca— tienes los ojos más preciosos que he visto en mi vida.

—¿Cómo puedes verlos desde ahí? —replicó Laura, sin mirarlo.

—Que pena. Has roto el hechizo —bromeó Liam, su acento irlandés más fuerte que nunca—. La réplica debería haber sido otra.

Ocho años antes, quizá. Pero eso fue en otro tiempo, en otra vida. Ella ya no era una ingenua estudiante de literatura inglesa en su último año de carrera.

Y Liam ya no era el famoso autor que había ido a la facultad para dar una clase maestra. Ni el hombre que la dejó impresionada.

Laura respiró profundamente antes de volverse.

Liam O'Reilly no había cambiado nada.

Lo primero que llamaba la atención de él era su tamaño: un metro noventa y cinco, con un cuerpo musculoso, lleno de vitalidad. Iba vestido, como siempre, sin que le importasen en absoluto las apariencias: vaqueros gastados, camiseta azul y chaqueta de cuero negra.

Como siempre también, llevaba el pelo demasiado largo. Pero lo que más llamaba la atención de Liam O'Reilly era la inteligencia que brillaba en sus ojos de color azul cielo y sus hermosas facciones masculinas.

Ninguna emoción se reflejaba en el rostro de Laura mientras lo miraba con «los ojos más preciosos que había visto en su vida», uno de color azul, el otro verde esmeralda. La razón por la que, ocho años antes, Liam creyó que había perdido una lentilla.

Había tenido que soportar todo tipo de bromas en el internado a

causa del color distinto de sus ojos, pero al hacerse mayor se dio cuenta de que los hombres encontraban muy seductora esa diferencia.

Como Liam una vez…

—¿Debería halagarme que recordases esa conversación? —preguntó, aparentando indiferencia.

Aquellos ojos azules, bordeados por largas pestañas oscuras, deberían parecer demasiado femeninos en un hombre tan alto y musculoso, pero no era así. Todo lo contrario, suavizaban sus duras facciones, dándole un encanto casi imposible de resistir.

—No te sientes halagada, ¿verdad?

¿Halagada porque recordaba su primera conversación después de tantos años? No, Laura no se sentía halagada. Después de lo que había pasado, después de lo que la hizo sufrir. Pero tenía que controlar el resentimiento. No quería estar enfadada. Mejor no decir nada que replicar con la más mínima emoción.

—Te has cortado el pelo. Antes tenías una melena preciosa —dijo él entonces, mirándola especulativamente.

—Así es más fácil de peinar —replicó Laura, sabiendo que la corta melenita oscura era un marco perfecto para sus exóticas facciones: los ojos de diferente color, la nariz pequeña, los labios carnosos y el mentón decidido. Las capas más cortas en la frente y la nuca restaban severidad al corte.

—Me gusta —dijo Liam entonces.

A ella le daba igual que le gustase su pelo o no. De hecho, si era sincera, le daba igual lo que Liam O'Reilly pensara sobre cualquier cosa.

Pero tuvo que tragarse la rabia. Y lo que le habría gustado decirle.

—¿Quieres sentarte conmigo? Puedo pedir otra taza de café.

Liam miró el reloj que llevaba en la muñeca derecha. Era zurdo, recordaba Laura. Como tantos artistas.

—No sé si puedo.

—Si has quedado con alguien…

—La verdad es que sí. Pero todavía es pronto —sonrió él entonces, dejándose caer sobre la silla.

Nadie podría decir si estaba sentado o de pie; su excepcional altura siempre hacía que las sillas pareciesen demasiado pequeñas.

Laura también era alta, un metro setenta y cinco, y solía ponerse zapatos de tacón. Aquel día llevaba un traje de color gris con una blusa verde esmeralda. Era una imagen fuerte, de mujer segura de sí

misma, que agradecía en aquel momento porque Liam solía hacerla sentir pequeña. Y muy femenina.

—¿Quieres un café? —preguntó, sin mirarlo.

—No, gracias. El café es tan adictivo como los cigarrillos.

—¿Has dejado de fumar?

Cuando lo conoció, ocho años atrás, Liam fumaba casi dos cajetillas diarias.

—Difícil de creer, ¿verdad? Liam O'Reilly, el bebedor y fumador empedernido se ha reformado.

—No te creo.

Él rio suavemente, con aquellos ojos tan claros reflejando la luz que entraba por los ventanales del hotel.

—Has crecido, Laurita —dijo, con tono admirativo.

—Tengo veintinueve años, es normal.

Liam debía tener treinta y nueve, pensó entonces, notando al verlo de cerca que su primera impresión no era del todo correcta. Los últimos ocho años habían dejado su marca. Tenía arruguitas alrededor de los ojos y algunas canas en las sienes.

—Veintinueve —repitió él, pensativo—. ¿Y qué has hecho durante estos ocho años?

Estaba mirando sus manos; quizá para comprobar si llevaba alianza. No era así, pero tenía la marca de haber llevado una.

—Un poco de todo —contestó Laura, vagamente—. ¿Y tú? ¿Qué has hecho en este tiempo?

—Evidentemente, no he estado escribiendo —sonrió Liam, irónico.

—¿No?

Ella sabía perfectamente que Liam O'Reilly no había publicado un libro en ocho años. Pero no pensaba decírselo.

—No.

—Supongo que no tenías necesidad de escribir después del éxito de *Bomba de relojería.*

—¡Que no tenía necesidad de escribir! —repitió él, sarcástico.

Sabía que estaba tocando un tema difícil, pero necesitaba oír la respuesta.

—Me refiero a tu situación económica. Debiste ganar millones con *Bomba de relojería*. Solo los derechos cinematográficos…

—¿Y de qué me ha valido todo ese dinero si no he podido escribir una palabra desde entonces?

Laura se encogió de hombros.

—Supongo que no habrás tenido problemas económicos en los

últimos ocho años. Además, parecías estar disfrutando mucho de la vida la última vez que… supe de ti.

Liam había conseguido un éxito relativo con los cuatro libros que publicó antes de *Bomba de relojería*, pero nada como lo que siguió a la publicación de esa novela.

Tres semanas después de salir a la venta, había sido número uno en la lista de best—sellers de Inglaterra y Estados Unidos. Liam apareció en numerosos programas de televisión, vendió los derechos del libro a una productora americana y él mismo se fue a Hollywood para escribir el guión.

Lo último que Laura supo de él fue a través de los medios de comunicación. Poco después de llegar a Hollywood, apareció una fotografía en todos los periódicos anunciando su boda con la rubia actriz que iba a interpretar a la protagonista.

Y Laura Carter, la estudiante con la que estaba saliendo antes de marcharse de Inglaterra, se convirtió en pasado.

Al principio no podía creer que la hubiese abandonado, no podía creer que su relación significara tan poco para él. Pero pasaron los días y las semanas sin saber nada de Liam, sin una llamada, sin una explicación… al disgusto y la rabia siguió la amargura y, por fin, la aceptación de que Liam O'Reilly no la consideraba parte, ni remotamente, de su nueva vida en América.

Con esa aceptación llegó también el deseo de olvidarlo, de tener éxito en su vida personal.

Y tanto los trajes caros como el diamante que llevaba en el dedo eran el testimonio de que lo había conseguido.

—¿Disfrutando de la vida? Eso debió ser hace mucho tiempo —contestó Liam por fin, sarcástico.

—¿Y qué te ha traído de la soleada California al brumoso invierno inglés?

Él se echó hacia atrás en la silla, sin dejar de sonreír.

—No vengo de California. Vivo en Irlanda desde hace cinco años.

Seguramente por eso su acento irlandés era más pronunciado que nunca. Ella no sabía nada, por supuesto. No había querido saber nada de Liam desde que supo la noticia de su matrimonio con la espectacular actriz.

—Supongo que no debió ser fácil para tu mujer acostumbrarse a la tranquilidad irlandesa.

—Diana se divorció de mí hace siete años. El matrimonio solo duró seis meses —explicó Liam entonces—. Y, debido a nuestro trabajo, apenas pasamos cinco semanas juntos. Desde luego, un

matrimonio perfecto.

Solo había estado casado durante seis meses.

¡Seis meses! Si lo hubiera sabido…

¿Qué habría hecho si lo hubiera sabido?

Nada, fue la respuesta. Liam tomó una decisión y ella tomó la suya. Ni nada ni nadie podría haber cambiado eso.

Él miró de nuevo su reloj.

—He quedado con una persona en cinco minutos. De hecho… tengo que irme ahora mismo —dijo entonces, mirando a un hombre que acababa de entrar en el bar del hotel—. Pero me gustaría volver a verte, Laura.

—No creo que sea buena idea —replicó ella, saludando con una casi imperceptible inclinación de cabeza al hombre que acababa de entrar—. Ha sido… interesante volver a verte, Liam. Pero yo también tengo que irme.

Entonces se levantó, alta y elegante, con el carísimo bolso negro en la mano.

—Quiero volver a verte —repitió Liam, tomándola del brazo.

—¿Para hablar de los viejos tiempos? No, gracias.

—Estaré en el hotel durante un par de días. Llámame —insistió él—. Si no lo haces… me quedaré en Londres hasta que vuelva a encontrarte.

Acababa de entender por qué no lo había visto entrar en el bar del hotel. Se alojaba allí y debía haber bajado en el ascensor.

Pero eso no cambiaba nada. No quería volver a verlo. Sencillamente.

—Qué melodramático te has vuelto —dijo, sin disimular el sarcasmo—. Si es tan importante para ti, te llamaré más tarde.

Y entonces le diría que no tenía intenciones de volver a verlo, aunque decidiera quedarse en Londres a vivir.

Liam soltó su brazo, clavando en ella sus ojos azules.

—Es muy importante para mí.

—Sí, bueno… tengo que irme —dijo Laura.

Notaba la mirada del hombre clavada en ella mientras salía del hotel para enfrentarse al frío viento de noviembre.

Aunque no sentía el frío. La sorpresa del encuentro con Liam O'Reilly la había dejado desorientada.

Al recordar lo que hubo entre ellos y el daño que le había hecho no le resultó difícil mantener una fachada de indiferencia. Pero en aquel momento, a solas, empezaba a reaccionar.

Ocho años antes había soñado con encontrarse de nuevo con él,

una vez nada más, aunque solo fuera durante unos minutos. Deseaba volver a verlo con toda su alma, aunque estaba furiosa y dolida por su deserción.

—Señora Shipley —sonrió su chófer, abriendo la puerta de la limusina.

—Gracias —murmuró ella, distraída.

—¿De vuelta a la oficina, señora Shipley? —preguntó Paul.

—No… ¡Sí!

Debía calmarse, se dijo. Había vuelto a ver a Liam, ¿y qué? Seguramente seguía siendo el mismo tipo seductor y fascinante de siempre, pero ella no era la impresionable Laura Carter.

Era Laura Shipley, tenía su propio negocio, una casa en Londres, otra en Mallorca, viajaba en limusina con su propio chófer…

Un encuentro con Liam O'Reilly no iba a cambiar nada de eso.

—Sí. Paul, de vuelta a la oficina. No tenía prisa por volver a casa. Bobby tardaría una hora y media en salir del colegio y, además, le había dicho a Perry que lo esperaría en la editorial para que la informase sobre los detalles de la reunión.

Se preguntaba cómo iría su conversación con Liam O'Reilly…

Capítulo 2

—Asombroso —decía Perry una hora más tarde, paseando arriba y abajo por el despacho—. Sigo sin entender cómo has sabido que ese manuscrito firmado por Reilly O'Shea era en realidad de Liam O'Reilly.

Laura estaba sentada detrás de un imponente escritorio de caoba, observando a su editor jefe.

Se había quitado la chaqueta y la blusa verde esmeralda hacía un hermoso contraste con su piel morena.

Cómo lo supo…

Había leído la última novela de Liam O'Reilly de principio a fin, conocía bien su estilo, sabía cómo acentuaba las vocales, cómo cruzaba las «tes»… por supuesto que había reconocido el manuscrito enviado a la editorial Shipley.

Al principio no podía creer que fuera de Liam. Y sobre todo le extrañaba que hubiera usado un seudónimo. Por eso la charada del hotel le pareció necesaria.

Habían pasado ocho años desde la última vez que se vieron y Liam debía haber cambiado… ella, desde luego, lo había hecho. Pero podría reconocerlo en cualquier parte.

De modo que acudió al bar del hotel media hora antes de que lo hiciera Perry para comprobar si Reilly O'Shea era, en realidad, Liam O'Reilly.

Lo que no había esperado era que Liam la reconociese.

Laura seguía sintiendo un calor por dentro al recordar el encuentro. Ocho años. Y, además de las arruguitas y algunas canas, Liam seguía igual. El hecho de que la hubiera reconocido a pesar del corte de pelo y el cambio en su forma de vestir, la había dejado sorprendida.

Pero solo de forma momentánea. La seguridad que había adquirido en los últimos ocho años le permitió tratarlo con educación, pero con frialdad, y no delatarse cuando su editor entró en el hotel.

Perry estaba encantado al saber que la editorial poseía el manuscrito de la última novela de Liam O'Reilly. Aunque Laura sabía que no iba a ser tan fácil…

—Cuéntame qué te ha dicho.

Perry Webster se dejó caer en una silla frente al escritorio. Era mucho más bajo que Liam, que apenas cabía en una silla. Pero, ¿qué le importaba a ella si Liam cabía o no en las sillas?

—Hemos hablado mucho, pero aún hay cosas que decidir, por supuesto. El mayor obstáculo es que sigue insistiendo en que se llama Reilly O'Shea.

—¿Sabes por qué?

—Sí, claro. El problema es cómo vamos a solucionarlo. Tenemos un manuscrito de Liam O'Reilly y…

—¿Por qué no quiere admitir quién es? —lo interrumpió Laura.

Desde que leyó el manuscrito se había preguntado mil veces por qué usaba un seudónimo.

Pero no encontraba respuesta. Como Liam O'Reilly podía pedir una cantidad astronómica.

Como autor primerizo, tendría que aceptar lo que la editorial quisiera pagarle. Además, la última novela de Liam O'Reilly recibiría una extraordinaria publicidad en los medios de comunicación, al contrario que la de un escritor novel.

Y todo autor desea que su libro sea reconocido.

¿Entonces?

Perry asintió. Un hombre rubio de metro ochenta, exudaba tanta energía como un chico de veinte años, aunque tenía treinta y cinco.

—La razón por la que no quiere dar su verdadero nombre es precisamente porque se ha convertido en un fenómeno. Hace ocho años, cuando publicó *Bomba de relojería*, no solo se convirtió en un autor de éxito sino en el hombre más solicitado por todas las televisiones, emisoras de radio, fiestas de sociedad… Y luego la película se llevó varios Oscar… Era una estrella.

—¿Y?

—Que él no es una estrella, Laura. Es un cometa. Estuvo en nuestra órbita durante un tiempo y luego desapareció.

—Pero…

—Tengo la impresión de que ahora quiere hacer las cosas de otra forma —dijo Perry entonces.

—Pero en cuanto se sepa que Reilly O'Shea es…

—Puede que no quiera que se sepa —la interrumpió su editor—. Aunque sabía que era Liam O'Reilly, hablé con él como si creyese que era un autor desconocido. Evidentemente, hemos hablado sobre la posibilidad de publicar su novela… y, por lo visto, quiere poner unas cláusulas muy interesantes en el contrato.

Laura levantó una ceja.

—¿Qué cláusulas?

—Nada de apariciones públicas en los medios de comunicación. De hecho, quiere mantener el anonimato —contestó Perry—. Una

petición extraña para un autor primerizo, desde luego. Pero nada raro para un hombre que ya ha pasado por todo eso… y no le ha gustado nada.

Como espectadora de tales apariciones personales, Laura no podía estar de acuerdo. Ocho años antes, Liam había parecido disfrutar enormemente con cada entrevista.

—¿Qué más te contó?

—Va a quedarse en Londres un par de días. La verdad, ha sido una de las reuniones más difíciles que he tenido con un autor. Me encantó *Bomba de relojería*, pero *El mundo de Josie* me gusta mucho más… y me habría encantado decirle: «Oye, sé quién eres».

—Me alegro de que no lo hicieras —sonrió Laura, mirando su reloj de oro—. Tengo que irme, pero seguiremos hablando de esto mañana. Aunque debo admitir que no sé qué vamos a hacer.

Lo que más la preocupaba era mantener oculta su identidad en las negociaciones con Liam. Por razones de índole personal, no quería que supiera que ella era la propietaria de la editorial Shipley.

El teléfono azul que había en la mesilla parecía estar reprochándole en silencio que no levantase el auricular para llamar a Liam.

Como era su costumbre durante los últimos dos años, Laura se había retirado a su habitación después de cenar, llevándose una montaña de textos para leer.

Estaba sentada en la cama, sus delgados hombros apoyados en un montón de almohadones de raso color champán, las gafas puestas mientras leía el manuscrito del autor más notorio de la editorial.

Por el momento, le dijo una vocecita. Porque estaba segura de que, si publicaban el libro de Liam, pronto eclipsaría a Elizabeth Starling.

El manuscrito de Elizabeth era bueno, más que bueno, pero Laura no podía concentrarse aquella noche.

Suspirando, se quitó las gafas. No llevaba lentillas, pero necesitaba gafas para leer, seguramente porque leía cientos de libros al año.

Aunque no podía quejarse. Su matrimonio con Robert había sido estupendo. Gracias él se convirtió en propietaria de una famosa editorial. Aunque esa posición de poder podía hacer que se sintiera sola de vez en cuando, tenía muchas compensaciones: seguridad económica, una preciosa casa en Londres, su villa en Mallorca, los

criados que llevaban eficientemente ambas casas…

No, la razón para su inquietud aquella noche no tenía nada que ver con la falta de cosas materiales en su vida.

Liam O'Reilly esperaba que lo llamase.

No le debía nada después de cómo la había tratado ocho años antes, pero recordaba su amenaza de hacer todo lo posible para encontrarse con ella. Y no deseaba que eso ocurriera.

Sabía muy bien por qué estaba en Londres, mientras que él desconocía por completo qué había sido de su vida. Y Laura quería que siguiera siendo así.

De modo que decidió llamarlo para evitar un encuentro fortuito.

—La habitación del señor O'Reilly, por favor —dijo, después de marcar el teléfono del hotel.

—Le paso con la suite —contestó la telefonista.

Una suite, en un hotel carísimo. De modo que Liam no estaba arruinado… Era difícil saber cuál era su posición económica porque no era un hombre dado a mostrar signos exteriores de riqueza; siempre llevaba vaqueros y cazadoras.

Como aquel día, en el bar…

—¿Dígame?

—Liam, soy yo —dijo Laura—. Me pediste que te llamara —le recordó, aunque sabía que era innecesario.

—Sí, es verdad. Me gustaría cenar contigo.

—Ya he cenado —replicó ella.

—Pero si solo son las nueve.

—Cuando estoy en casa, suelo cenar a las ocho.

—¿Y dónde está tu casa?

—Eso da igual —sonrió Laura. Aunque la mano que sujetaba el auricular temblaba de forma imperceptible.

—¿Por qué tanto secreto? ¿No vives sola? —preguntó él, con voz ronca.

—Muy listo.

No era difícil imaginarlo, claro. Habían pasado ocho años y él mismo estuvo casado durante aquel tiempo.

—Pero no llevabas alianza.

—Ahora mucha gente no la lleva.

—Lo harías si fueras mi mujer —dijo entonces Liam.

—Si fuera tu mujer, también llevaría en el bolso un certificado de enajenación mental —le espetó ella.

El silencio que siguió a aquel comentario era frío y cortante como el hielo. Lo único que se oía era la respiración de Liam al otro

lado del hilo.

¿Por qué había dicho eso? Quería que fuese una llamada corta e impersonal. Pero dos minutos después de oír su voz, Liam O'Reilly ya la había sacado de quicio.

—¿Sabes una cosa, Laura? Tú y yo deberíamos habernos encontrado hace mucho tiempo.

—Nos encontramos hace mucho tiempo, Liam. Veo que tienes mala memoria —replicó ella, sarcástica.

—Pero si hubieras sido esta Laura Carter hace años, quizá las cosas habrían sido muy diferentes.

—Por favor… Han pasado ocho años y en ese tiempo he oído todo lo que tenía que oír. Y esa frasecita es de las peores.

—No estoy intentando ligar. Ni siquiera sé si recuerdo cómo hacerlo. Al contrario que tú, yo he vivido una vida muy tranquila durante los últimos cinco años —protestó Liam—. Ven a tomar una copa conmigo, Laura.

—Pensé que ya no bebías.

—De vez en cuando, tomo una copa de vino.

—Lo siento, pero tengo cosas que hacer.

Muy típico de Liam O'Reilly pensar que lo dejaría todo para ir corriendo a su lado. Seguramente porque ocho años antes lo habría hecho.

Entonces estaba loca por él.

Pero eso fue entonces. Habían pasado ocho largos años y la situación era muy diferente.

—¿Qué tienes que hacer a las nueve de la noche? —preguntó él, interrumpiendo sus indignados pensamientos.

—Para empezar, estoy en la cama —contestó Laura.

—¿Sola?

—¡Pero bueno…! No te habría llamado si estuviera con alguien —contestó ella, con frío desdén.

—Te sorprendería lo que algunas mujeres son capaces de hacer.

—Esta mujer, no —replicó Laura, indignada.

—Así que estás en la cama, pero sola. ¿Por qué no puedes venir a tomar una copa conmigo?

Porque tendría que levantarse, vestirse, ponerse maquillaje, conducir hasta el hotel… Solo para tomar una copa con una persona a la que no quería ver.

—No, gracias. Te he llamado porque tú me lo pediste. No creo que le deba a nuestra pasada amistad nada más que eso.

—No estoy de acuerdo —dijo Liam—. ¿No sientes curiosidad por

los últimos años? Yo sí.

Laura se puso tensa.

—¿Curiosidad sobre qué?

—Sobre lo que ha pasado en ese tiempo. Desde luego, ya no eres la impresionable estudiante que conocí hace ocho años.

—Gracias a Dios —suspiró ella, aliviada—. Mira, Liam, solo te he llamado porque as insistido…

—¿Tan malo soy? ¿Tan depravado que no quieres saber nada de mí?

—No seas ridículo. Ya ni siquiera te conozco y…

—Eso mismo digo yo —la interrumpió él.

—Y no quiero conocerte.

—Qué poca consideración, Laura.

¡Consideración! ¿Había sido considerado él ocho años antes, cuando se alejó de su vida sin despedirse? ¿Cuando ni siquiera la llamó ni le envió una postal? ¿Se había preocupado alguna vez de preguntar si las cosas le iban bien?

Aquel hombre no conocía el significado de la palabra consideración.

Afortunadamente, otras personas sí.

—No tenemos nada en común, Liam. Nada en absoluto.

Además de que ella dirigía la editorial Shipley, él era un autor de prestigio y sería beneficioso para ambos que publicasen su última novela.

—Tenemos un pasado…

—Hablar del pasado es una perdida de tiempo, Liam. La gente no suele recordar las experiencias de la misma forma.

—Yo recuerdo que nuestra relación era muy bonita y…

—¡Por favor, Liam!

Quizá mirando atrás le parecía maravillosa.

Una pena que no hubiera pensado lo mismo ocho años antes.

—¿Por favor qué?

—Yo me recuerdo a mí misma como una tonta de veintiún años, totalmente enamorada de un famoso autor… un autor para quien seguramente no era más que una pesada que lo seguía a todas partes.

—No digas eso, Laura.

—Soy realista. Entiendo que estuvieras deseando alejarte de Inglaterra y de mí.

—No fue así…

—Fue exactamente así —lo interrumpió ella—. Te seguí durante

meses como una perrita, pendiente de cada una de tus palabras…

—He dicho que no fue así, Laura. Y que tú lo recuerdes así es una buena razón para encontrarnos de nuevo.

—Eres muy persistente. ¿O es que me he convertido en un reto, ahora que no soy tan maleable como antes?

—Nunca me pareciste maleable.

Laura dejó escapar un suspiro. No quería volver a verlo porque recordaba muy bien el daño que le había hecho en el pasado. Pero, como propietaria de la editorial, sabía que, en algún momento, tendría que tratar con él. Quizá era mejor aclarar las cosas de una vez por todas.

Aunque eso no incluía decirle que era Laura Shipley.

—¿A tu marido no le haría gracia que nos viéramos? —pregunto Liam entonces.

—Dejemos a mi marido fuera de esto —replicó ella.

Su matrimonio con Robert no era algo de lo que quisiera hablar con Liam O'Reilly. Quizá iban a mantener una relación profesional, pero eso no incluía confidencias sobre su vida privada.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos vemos para tomar una copa o voy a buscarte mañana a tu casa?

—Eso suena como una amenaza.

No solo sonaba como una amenaza, lo era.

—Si quieres verlo así…

—No me gustan las amenazas, Liam —replicó ella.

—Por favor, Laura, antes no eras tan difícil.

Antes no era muchas cosas. Pero eran esos cambios los que le daban la fuerza y la seguridad para aceptar su invitación. Liam O'Reilly no podía afectarla sentimentalmente. Ya no.

—Muy bien, tomaremos una copa —aceptó graciosamente.

—¿Por qué no has dicho eso hace cinco minutos?

—No quería ponértelo tan fácil —contestó Laura.

Liam dejó escapar un suspiro.

—Tengo la impresión de que no quieres ponerme nada fácil.

—Y no te equivocas —sonrió ella—. Dame una hora para llegar al hotel —dijo, apartando la sábana.

—Pondré a enfriar una botella de champán.

Laura volvió a ponerse tensa.

—Vamos a aclarar las cosas… no tenemos nada que celebrar.

—Quizá tú no, pero yo sí. Te lo contaré cuando llegues —replicó Liam.

Laura se vistió, frunciendo el ceño al ver su imagen en el espejo.

¿Qué tenía que celebrar?

¿Qué iba a decirle cuando llegase al hotel?

Después de haber mantenido en secreto el manuscrito de *El mundo de Josie*, no creía que fuese a hablarle de la novela.

Pero, si lo hacía, ¿qué podía responder?

En aquellas circunstancias, ¿cómo podría responder?

Capítulo 3

Una rápida mirada al bar del hotel le dijo que Liam no estaba allí. Y eso solo podía significar una cosa.

Laura se acercó al mostrador de recepción con los ojos, cada uno de un color, brillantes de furia.

—¿Podría llamar a la suite del señor O'Reilly, por favor? Dígale que Laura está esperándolo.

—Ahora mismo, señora —sonrió la recepcionista, tomando el teléfono—. El señor O'Reilly la espera en su suite…

—¿Le importa decirle que estoy esperándolo en recepción… con o sin champán? —la interrumpió ella, furiosa.

¿Cómo se atrevía a esperar que subiera a la suite? ¿Quién creía que era?

La recepcionista dio el mensaje y después colgó el teléfono con una sonrisa.

—El señor O'Reilly bajará enseguida.

—Gracias —dijo Laura, antes de sentarse en uno de los elegantes sillones del vestíbulo.

Menuda cara, pensó, mirando los ascensores. Qué arrogante. Desde luego, había que tener poca vergüenza…

—Te diría lo guapa que estás cuando te enfadas, pero no creo que agradecieras el piropo —oyó una voz detrás de ella.

Al volverse, se encontró con la cara de Liam a unos centímetros de la suya.

Exactamente igual que por la mañana, se había sentado frente a los ascensores, pero tampoco lo había visto salir. Aquel hombre era más elusivo que un taxi el sábado por la noche.

—He bajado por la escalera —dijo él, como si leyera sus pensamientos.

—¿Cuatro pisos?

Al Liam que ella conocía, a veces le costaba trabajo ir andando del dormitorio a la cocina.

—Desde que volví a Irlanda me he aficionado a hacer excursiones por el campo. Durante un tiempo, eso fue mi salvación.

—Qué bien —replicó Laura, que no quería conocer las razones por las que necesitaba salvación—. Veo que has decidido no bajar la botella de champán.

—Está en el bar —sonrió Liam.

—Muy bien —murmuró ella, levantándose.

¿Su idea era tomar una copa en el bar desde el primer momento

o habría llamado al camarero desde la suite? Tenía la impresión de que era lo segundo.

—Te preocupas demasiado —bromeó él, tomándola del brazo—. Y estás preciosa, por cierto.

Laura arrugó el ceño. Se había puesto unos pantalones negros de cuero y una camisa del mismo color, para estar atractiva… pero no provocativa. No quería que pensara que se había arreglado para él. Aunque, por lo visto, el intento era un fracaso.

Una vez sentados a la mesa, con la botella de champán en un cubo de hielo, lo estudió sin decir nada. Había notado cómo lo miraban las mujeres en el bar. Algunas cosas no cambiaban nunca, pensó. Liam siempre había sido muy atractivo para el sexo opuesto. Más que eso, llamaba la atención de cualquier mujer, tuviera la edad que tuviera.

—Bueno, ¿cuál es tu conclusión? —preguntó él entonces, con una sonrisa.

Laura intentó aparentar una tranquilidad que no sentía.

—¿A qué te refieres?

—A los cambios que ves en mí después de todos estos años.

Parecía despreocupado, ella lo sabía, porque estaba seguro de que los cambios no lo hacían menos atractivo. Todo lo contrario.

—Los dos tenemos ocho años más.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No veo que la pregunta tenga interés. Y mucho menos la respuesta.

—¿Cómo es? —preguntó Liam entonces.

—¿Quién?

—El hombre con el que te has casado.

Ella se lo pensó un momento.

—Robert es el hombre más bueno y más generoso del mundo.

Liam no pareció contento con la respuesta.

—¿Y en la cama?

Laura, que estaba tomando un sorbo de champán, se atragantó.

—¿Cómo te atreves? —preguntó, una vez que pudo hablar—. ¿Quién te crees que eres? No tienes ningún derecho a…

—¿Tan malo es? —preguntó él entonces.

—¿Qué quieres decir?

—No te pongas a la defensiva, Laura. Ahora vas a decirme que su bondad compensa que no te satisfaga en la cama —replicó Liam entonces con toda tranquilidad.

—Te equivocas. Y no tengo nada más que decirte —replicó ella,

tomando su bolso—. Ni sobre Robert ni sobre nada. Has cambiado mucho en estos ocho años, Liam… y, desde luego, no para mejor.

—Por favor, siéntate —le rogó él, con expresión contrita—. De acuerdo, me he pasado con ese comentario sobre tu marido —añadió. «Aunque sea cierto», parecía querer decir—. Te pido disculpas, ¿de acuerdo?

—No, no estoy de acuerdo.

Liam tomó su mano entonces.

—¿Se te ha ocurrido pensar que puedo tener celos? Después de todo, hace ocho años yo te parecía un hombre maravilloso.

Ella soltó una risita.

—Eso fue cuando no sabía distinguir el oro de la paja.

Liam intentó disimular, pero Laura se dio cuenta de que le había dolido la frase.

Era lo que pretendía. No iba a permitir que nadie dijera nada malo de Robert. Robert, que fue su salvación en el peor momento de su vida.

Aunque le sorprendió lo de que podía estar celoso. Pero no eran celos de ella. Tenía celos de que adorase a Robert como una vez lo había adorado a él.

Por un momento, solo por un momento, Laura pensó que quizá se había equivocado sobre sus sentimientos por ella. Pero no era así; los celos de Liam eran tan egoístas como todas sus emociones.

—Intenté advertirte de que este encuentro sería un error. No tenemos nada en común… si lo hemos tenido alguna vez. Solo somos dos viejos amigos que…

—Viejos amantes —la corrigió él—. No niegues nuestro pasado, Laura.

¿Negar su pasado? Le habría gustado borrarlo por completo de su memoria.

Amantes… sí, habían sido amantes. Pero durante aquellos ocho años decidió no volver a pensar en esa relación. No quería hacerlo.

—Por favor, siéntate —insistió Liam—. Prometo no volver a ofenderte.

—Eso espero —suspiró ella, dejándose caer en el sillón.

—Sabes que a veces puedo ser insultante sin pretenderlo.

Laura hizo una mueca.

—¿Esa es tu mejor excusa?

—Sin mentir… sí.

—Desde luego, eres el hombre más arrogante que he tenido la desgracia de conocer.

Liam sonrió, inclinándose para servir otra copa de champán.

—Bueno, al menos tengo esa distinción… el hombre más arrogante que has conocido nunca.

—La arrogancia no es una virtud.

—Intentaré recordarlo —bromeó él—. Y ahora vamos a brindar.

Le había dicho por teléfono que tenía algo que celebrar y Laura se preguntó si se referiría a la posible publicación de su novela.

Si era así, ¿qué podía hacer? No era el momento de decir la verdad. Menos que nunca.

—¿Brindar por qué?

—¿Por dos viejos amantes… y nuevos amigos? —sugirió Liam.

Ella esbozó una sonrisa, aliviada.

—Lo primero prefiero olvidarlo y lo segundo… no estoy tan segura.

—Vamos a brindar por nosotros de todas formas.

—¿Por nosotros?

—¿Le has hablado de nosotros? —preguntó él entonces.

—¿A Robert?

—Claro. A menos que hayas tenido más maridos en estos ocho años… ¿Cuándo te casaste?

—Hace siete años y medio —contestó Laura.

—Ah, te casaste seis meses después de que yo me fuera a California.

—Más tarde que tú —replicó ella—. Tú acababas de aterrizar en Los Ángeles y ya estabas comprometido.

Seguía recordando la desolación que sintió al conocer la noticia de su relación con Diana Porten. Y la desolación aumentó al ver las fotografías de la boda unas semanas más tarde. Si no hubiera sido por Robert…

—Parece que a ninguno de los dos se le rompió el corazón. Y supongo que a tu querido «tío» le gustaba ese Robert.

Laura dejó la copa de champán sobre la mesa con mucho cuidado. Tenía que hacerlo porque le temblaban las manos.

Sus padres habían muerto en un accidente de tráfico cuando ella tenía dieciséis años, dejándola al cuidado de su padrino, un «tío» honorífico que fue su tutor hasta que salió del internado.

Cuando conoció a Liam le habló de su padrino, pero nunca se conocieron. Porque él no quiso.

Y la razón para tanta reticencia estuvo clara cuando se casó casi nada más llegar a Hollywood. Conocer al tío de la cría con la que se acostaba no entraba en sus planes. Eso habría sido darle un carácter

de seriedad a la relación que, en realidad, no tenía para él.

—No suelo recordar ese tiempo. Y no creo que, ocho años después, mi vida sea asunto tuyo. Tampoco yo tengo interés en saber qué ha sido de ti, Liam.

Él no pareció sentirse molesto por el comentario.

—¿Y mi vida profesional? ¿Te gustaría saber…?

—¡No! —lo interrumpió ella—. No estoy interesada, lo siento. De hecho… —añadió, mirando su reloj— tengo que irme.

—¿Cenicienta se convierte en calabaza a las once? —bromeó Liam.

—Veo que no has leído el cuento. Cenicienta se convierte en una chica mal vestida… a las doce.

Él se encogió de hombros.

—Es que no tuve una infancia muy larga. Mi madre no me leía cuentos; estaba demasiado ocupada trabajando para sacarnos adelante a mí y a mis tres hermanas.

Lo había dicho sin una gota de amargura y, sin embargo, Laura sabía que su infancia no fue fácil. El padre de Liam murió cuando él era un niño y Mary O'Reilly tuvo que hacer muchos sacrificios para sacar adelante a la familia.

Su éxito como autor a los veinticinco años fue la salvación, aunque eso no podía borrar los amargos recuerdos de la infancia.

Pero no quería pensar en ello. Lo último que deseaba era sentir ternura por él.

—¿Tu madre y tus hermanas siguen bien? —preguntó, intentando ser amable.

—Muy bien. Mi madre vive en el sur de Irlanda y mis tres hermanas están felizmente casadas y con hijos. Doce entre las tres.

—¿Doce? —repitió Laura—. Supongo que estarás contento.

—Yo sí, pero mi madre no descansará hasta que le dé un nieto para que continúe nuestro apellido.

—Pues debe haber muchos O'Reilly en Irlanda.

—Desde luego que sí —sonrió Liam—. Pero yo soy el único de nuestra rama familiar.

—¿Y piensas tener un hijo?

—No tengo ninguna intención.

—Pobrecita tu madre —suspiró Laura, levantándose—. Gracias por el champán, Liam.

—¿No por la compañía? —sonrió, levantándose a su vez.

Habría deseado que no estuviera tan cerca. Podía oler su colonia y sentir el calor de su cuerpo, pero no quería sentir nada.

—Por la compañía también. Disfruta tu estancia en Londres. Quizá volvamos a encontrarnos… dentro de otros ocho años.

—Te acompaño a la puerta —dijo Liam, tomándola del brazo—. Es lo mínimo, ya que no puedo llevarte a casa.

Laura ni siquiera replicó. ¿Para qué? Solo quería marcharse de allí, tan lejos de Liam O'Reilly como fuera posible.

—Pues ya hemos pasado de la puerta.

—No quería que nadie nos viera haciendo esto —dijo él entonces, inclinando la cabeza para buscar su boca.

El beso fue tan inesperado que, por un momento, se quedó atónita. Pero cuando empezó a sentir la ola de calor, el recuerdo del placer que Liam le había proporcionado… supo que tenía que apartarse. Inmediatamente.

—¿Qué haces? —exclamó, intentando llevar aire a sus pulmones.

—Besarte. Lo siento, pero me hacía falta. Sé que eres una mujer casada y te debo una disculpa, pero… puedes decirle a tu marido que es un hombre muy afortunado.

Laura lo fulminó con la mirada.

—Pienso olvidar… esto en cuanto entre en un taxi. ¡Eres más despreciable de lo que recordaba!

—No me haces daño —dijo Liam entonces, con una expresión tan triste que la sorprendió.

Le habría gustado hacerle daño, más que eso. Le habría gustado darle una bofetada, pero no quería escándalos.

No había estado tan furiosa en mucho tiempo. Un par de horas después de encontrarse de nuevo con Liam O'Reilly y estaba hecha un lío de emociones. Emociones que no le hacían falta para nada.

—Un día te vas a encontrar en una situación que no puedas controlar —dijo, con los dientes apretados—. Dime cuándo llega ese día… para que pueda sentarme a mirar.

—Antes no eras vengativa, Laura.

Antes no era muchas cosas. No podía recordar a la joven alegre y despreocupada que fue sin sentir pena por lo que ya no era. Había cambiado mucho en ocho años y no podía volver a ser lo que fue.

—Tampoco ahora soy vengativa. Solo estoy… cansada. Y tengo que irme. Es tarde y algunos de nosotros trabajamos por la mañana.

Liam abrió la puerta del taxi.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó.

Ella lo miró, en silencio. Estuvo a punto de decirle que era la propietaria de la editorial Shipley, pero no debía hacerlo. Aunque hubiera deseado ver la expresión de sorpresa en aquel rostro tan

arrogante.

—Soy editora —contestó por fin. Era la verdad, aunque no toda. Leía la mayoría de los manuscritos antes de aprobar su publicación.

—¿En qué editorial…?

—Ha sido muy interesante volver a verte —lo interrumpió Laura —. Pero tengo que irme.

—Quiero volver a verte —dijo Liam entonces.

—Imposible. Buenas noches —se despidió ella, cerrando la puerta del taxi.

No miró atrás. Aunque sabía que Liam estaba mirándola desde la acera.

Solo había aceptado verlo de nuevo porque era preferible encontrarse con él que arriesgarse a que la buscara. Pero el hecho era que, en algún momento, descubriría quién era. Y después de lo que acababa de ocurrir, Laura deseaba haber esperado.

Cualquier cosa habría sido preferible a aquel beso.

Nerviosa, se pasó la punta de la lengua por los labios, sintiendo todavía la presión de la boca del hombre.

¿Cómo podía seguir afectándola de esa forma? Después de todo lo que pasó, del dolor, de la desilusión… ¿cómo podía seguir sintiendo así?

¿Cómo se sentía?

Enfadada, desilusionada y furiosa con Liam O'Reilly y con ella misma. Todo lo cual era completamente improductivo porque necesitaba controlarse y pensar con claridad.

La próxima vez que lo viera, se prometió a sí misma, haría exactamente eso.

Las luces de la cocina estaban encendidas cuando volvió a casa. Amy Faulkner, su ama de llaves, estaría viendo la televisión mientras la esperaba.

Gordita, de mediana estatura y casi sesenta años, Amy llevaba veinte como ama de llaves de Robert cuando se casó con él y la había tratado siempre como si fuera su hija. Laura agradecía inmensamente su presencia en la casa.

—¿Lo ha pasado bien, señora Shipley?

¿Bien? Ella no lo describiría de esa forma.

—Era una reunión de negocios, Amy. ¿Qué tal por aquí?

—Estupendamente. El niño se quedó dormido en cuanto salió.

—Gracias por esperarme despierta.

—De nada. Debería salir más a menudo, señora Shipley. Con tanto trabajo, no tiene tiempo para nada.

—Gracias de todas formas —sonrió Laura.

Subió la escalera intentando no hacer ruido y cuando entró en el dormitorio y vio la carita del niño dormido su corazón se llenó de amor. Solo podía ver su cabeza por encima del embozo de la sábana, la boquita abierta y los rizos oscuros…

Robert Shipley.

Júnior. Él siempre había insistido en el Júnior.

Pero para todos los que lo querían, era Bobby.

Siete años y cuatro meses, muy alto para su edad, pelo oscuro, ojos azul cielo… Travieso y con una mente muy despierta.

El amor de su vida.

Un amor que debía permanecer oculto para cierto irlandés.

Aunque Mary O'Reilly no lo sabía, ya tenía un nieto. Pero su apellido no era O'Reilly. Y nunca lo sería.

Aunque Bobby era, sin duda, hijo de Liam.

Capítulo 4

—Dice que quiere una reunión.

Laura miró a Perry, sin verlo. No había oído nada desde que entró en su despacho para decirle que Liam O'Reilly acababa de llamar.

—Perdona, ¿qué has dicho?

La noche anterior no pudo dormir. Durante más de siete años había vivido con el miedo de que Liam descubriese la existencia de Bobby y lo reclamara como su hijo. Algo que ella nunca permitiría. Liam O'Reilly había perdido sus derechos como padre al abandonarla ocho años antes.

Por supuesto, él no sabía que estaba embarazada cuando se marchó. Tampoco lo sabía Laura. Pero si se hubiera molestado en llamar, le habría dicho que estaban esperando un hijo.

En lugar de eso, tuvo que leer en los periódicos que iba a casarse con otra mujer.

Embarazada, sola, asustada, lo odió con toda su alma.

Pero el tiempo había moderado esos sentimientos, por supuesto. Sobre todo, porque Robert fue un marido y un padre maravilloso. Un hombre al que se lo debía todo.

El tiempo pasó y Liam O'Reilly se convirtió en algo del pasado, un interludio en su vida que recordaba con cierto pudor. Laura se había enamorado locamente, pero él no sentía lo mismo.

Aunque no estaba libre de culpa por lo que había pasado. Liam sabía que estaba enamorada y no le advirtió que aquella relación no iba a durar. Sencillamente, se aprovechó de una cría enamorada. Y, aunque había pasado mucho tiempo, ella no pensaba perdonarlo.

El problema era que no podía ignorar el manuscrito que Perry había puesto sobre su mesa.

Era una novela magnífica y no tenía argumentos para negarse a su publicación. La calidad del texto era indudable. Aunque desde el primer capítulo, Laura supo quién era su autor.

—Liam O'Reilly ha decidido volver a Irlanda esta tarde —repitió Perry, impaciente—. Y quiere venir a hablar del contrato antes de marcharse.

—Reilly O'Shea —lo corrigió ella.

Liam quería ir a la editorial. Y seguramente querría conocer a su propietaria.

Ella.

—Bueno, Reilly O'Shea, pero los dos sabemos quién es.

—¿Qué le has dicho?

—Que lo llamaría más tarde. Había decidido volver a Irlanda. ¿Por qué?

Por supuesto, no tendría nada que ver con su encuentro del día anterior.

Sus razones para abandonar Inglaterra eran irrelevantes, lo importante era que quería pasar por la editorial. Aquel mismo día.

—Tendrás que recibirlo tú solo.

—Esta situación es un poco rara. Yo creo que tú deberías estar en la reunión —dijo Perry entonces.

Eso era lo último que Laura quería hacer. Nerviosa, se apoyó en el respaldo del sillón, con su traje de chaqueta italiano y la blusa blanca de seda natural.

«Vestida para matar», lo llamaba Robert. Pero sus competidores la consideraban demasiado joven para ser propietaria de una editorial y tenía que demostrar que era una persona con la que no se podía jugar.

—Estoy segura de que podrás entenderte con él.

Perry era un hombre ambicioso y no le gustaba que cuestionasen su capacidad profesional, de modo que con halagos quizá podría quitarse a Liam de encima.

—Normalmente, sí —suspiró él—. Pero en este caso, no estoy seguro. ¿Cómo voy a decirle que quiero publicar la novela con su verdadero nombre si, supuestamente, no sé quién es? O'Reilly saldría corriendo. Y yo quiero publicar *El mundo de Josie* antes de que se la lleve otra editorial.

—No creo que salga corriendo.

—Yo creo que deberías estar en la reunión, Laura.

—Y yo creo que lo mejor sería decirle que hoy estás ocupado…

—Ha dicho que se llevará el manuscrito con él si no llegamos a un acuerdo esta tarde —la interrumpió su editor.

A pesar de hacerse llamar Reilly O'Shea, aquel hombre se comportaba con enorme arrogancia. Los nuevos autores no solían poner condiciones de ningún tipo. El problema era que O'Shea era O'Reilly.

—Dile que no se haga el listo.

—También a mí me gustaría mandarlo a la porra, pero estoy seguro de que esa novela va a ser un éxito —murmuró Perry, pascando por el despacho—. Y no quiero perderla.

Publicar la última novela de Liam O'Reilly sería un gran éxito para la editorial, siempre que ella tuviera que verlo lo menos

posible. Y, desde luego, sin tener que cumplir sus condiciones a rajatabla.

—Me parece que va a ser un hombre difícil —murmuró Laura.

La arrogancia de Liam había crecido con los años, si eso era posible.

Pero sabía que *El mundo de Josie,* la historia de una joven nacida en un pequeño pueblo irlandés, estaba tan bien escrita que sería un éxito de ventas. Incluso mayor que *Bomba de relojería.*

El problema era que Liam lo sabía también.

—Difícil o no, quiero esa novela —dijo Perry con insistencia.

—Entonces, sugiero que seas tú quien discuta los términos del contrato.

—¿Y si necesito hablar contigo?

—Llámame al móvil —contestó Laura, mirando el reloj—. Son las doce. Dile que venga a las cinco.

Entonces se habría ido de la oficina para recoger a Bobby del colegio y no tendría que verlo.

—Muy bien —dijo su editor, mirándola con cierta sorpresa.

Perry Webster sabía que conocía a Liam O'Reilly, pero nada más. Y ella pretendía que siguiera siendo así. Si le sorprendía que no quisiera entrevistarse con el conflictivo autor, era su problema. Laura no pensaba dar explicaciones.

Lo más importante era su hijo.

No era fácil llevar la editorial y ser madre al mismo tiempo, pero con la ayuda de Amy conseguía hacerlo lo mejor posible. Si su vida personal sufría por ello, daba igual. La verdad era que tenía mucho más de lo que hubiera podido soñar.

—En cuanto al problema de con quién estarás hablando, yo creo que su arrogancia esta mañana probablemente contesta a esa pregunta.

—Tienes razón —asintió Perry—. Pero deséame suerte.

Laura sonrió, sabiendo que iba a necesitarla.

Liam era un hombre imposible y se alegraba de no tener que lidiar con él.

—Ya le he dicho que la señora Shipley está muy ocupada… ¡No puede entrar ahí! —estaba gritando Ruth, su secretaria, al otro lado de la puerta.

—¿Qué no?

Un imponente Liam O'Reilly apareció entonces en el despacho y

se quedó mirando a Laura con expresión asesina.

Eran las cuatro y no debería haber ido a la editorial hasta las cinco. ¿Qué hacía allí?, se preguntó ella tontamente.

—Lo siento mucho, señora Shipley —se disculpó Ruth—. Este… señor quería verla. Pero no tenía cita y…

—Y yo le he dicho a esta señora que no necesito cita para verte —la interrumpió Liam.

Desde luego que necesitaba cita. Pero ya era demasiado tarde.

Laura dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—No pasa nada, Ruth. El señor O'Reilly y yo… nos conocemos. Su secretaria miró al intruso con expresión indignada.

—¿Está segura, señora Shipley?

—Segura.

No lo estaba, pero no quería montar una escena en la oficina.

¿Cómo se atrevía Liam a entrar en su despacho de esa forma? ¿Y cómo había sabido que podía encontrarla en la editorial?

—Bonito despacho —sonrió él, cuando Ruth cerró la puerta.

Era un despacho muy elegante, con las paredes forradas de madera y una alfombra persa cubriendo el suelo.

Pero Laura sabía que Liam no estaba interesado en la decoración. ¿Qué estaba haciendo allí?

Llevaba vaqueros, camiseta gris y una vieja chaqueta de cuero. Era lógico que Ruth no quisiera dejarlo entrar. Nadie podría adivinar que era un autor famoso y mucho menos un millonario.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verla, señora Shipley.

—Ah, claro, señor O'Reilly… ¿o debo decir señor O'Shea?

No tenía sentido seguir aparentando que desconocía el seudónimo. Al menos, ella solo había mentido por omisión. Liam no le había preguntado su apellido de casada.

—O'Reilly está bien.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Pregunté en el piso de abajo y me dijeron dónde estaba tu despacho —contestó él, irónico.

—Sabes que no me refiero a eso.

—Dime, Laura, ¿has disfrutado del jueguecito?

—¿Jueguecito? Yo no estoy jugando a nada…

—¿No? Ayer por la tarde. Perry Webster y tú no os saludasteis en el hotel y, sin embargo, eres su jefa. Anoche tomamos una copa, pero no me dijiste que eras la propietaria de la editorial Shipley.

—Sencillamente, no tenía por qué…

—¡No tenías por qué! —exclamó él, acercándose al escritorio—. Has querido ridiculizarme, Laura.

—¡Eso no es verdad!

—Sí lo es, señora Shipley.

—Te dije que estaba casada…

—Pero no con quién.

—¿Y qué más da con quién esté casada? Evidentemente, a ti eso te dio igual cuando…

—¿Cuando qué?

—Mira, Liam, no importa. Eres tú el que está escondiéndose detrás de una identidad falsa, no yo.

—Tú sabías desde el principio que yo era Reilly O'Shea y lo has usado para vengarte.

—¿Vengarme? No tengo tiempo para eso. Creo que sobrevaloras el papel que tuviste en mi vida.

Se miraban a los ojos como dos competidores, como dos púgiles a punto de saltar el uno sobre el otro. Laura no pensaba apartar la mirada, pero Liam parecía decidido a hacer lo mismo.

Y entonces la atmósfera cambió por completo. Ya no estaba cargada de rabia, sino de otra emoción bien distinta.

—¿Tú crees? —preguntó él.

—¿Creer qué?

—¿Qué tengo una opinión sobrevalorada de lo que fuimos el uno para el otro?

Laura sacudió la cabeza, irritada.

—Creo que ya aclaramos eso anoche. Entonces yo era una cría enamorada, tú un famoso autor diez años mayor que yo…

—Sé que soy mayor que tú, Laura. No hace falta que me lo recuerdes. Pero, hablando de hombres mayores, creo que Robert Shipley…

—Ya te lo dije anoche. No voy a hablar de Robert contigo —lo interrumpió ella.

—Robert Shipley tenía cincuenta y tres años cuando te casaste con él —siguió Liam.

—He dicho…

—Y cincuenta y ocho cuando murió. De modo que tú eres su viuda y su única heredera.

Laura se levantó de la silla, pálida. Era cierto. Robert tenía cincuenta y tres años cuando se casó con él. Y cincuenta y ocho cuando murió.

Pero Liam se equivocaba sobre la herencia.

Las casas y la mitad de la fortuna de Robert eran suyas, pero la editorial Shipley era un fideicomiso.

Robert Shipley Júnior, Bobby, el hijo de Liam sería quien heredase el negocio.

Capítulo 5

—Veo que te has enterado de todo —dijo con tranquilidad, decidida a no mostrar ningún signo de pánico. Liam se había enterado de todo… excepto de la existencia de Bobby—. Pero aún no me has dicho cómo lo has sabido.

Él se encogió de hombros.

—El taxi que te llevó a casa anoche volvió al hotel y, sencillamente, le pregunté al taxista dónde te había llevado.

Laura abrió la boca, atónita.

—¿Tan fácil?

Ojalá le hubiera pedido a Paul que la llevase. Pero después de cenar le dijo que no pensaba salir.

—Tan fácil como eso —sonrió Liam—. Después, me resultó aún más fácil saber quién vivía en cierta casa de Knightsbridge. Puedes imaginar mi sorpresa cuando me enteré de que la dueña era Laura Shipley, propietaria de la editorial Shipley.

—Y aquí estás. Creo que tienes una reunión con Perry Webster y…

—Olvídate de Perry. He venido a verte a ti…

—Lo siento, pero tengo que estar en otro sitio dentro de media hora.

—Cancela esa reunión.

—Por supuesto que no —replicó ella, irritada.

Tenía que ir a buscar a Bobby al colegio porque era el día libre de Amy. Aunque no pensaba compartir esa información con él.

Liam se sentó entonces, sin dejar de estudiarla.

—Te tomas esto muy en serio, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—A la editorial.

—Tú mismo has considerado esta editorial suficientemente seria como para enviar tu manuscrito.

—Eso fue antes de saber que la dirigías tú —sonrió él, irónico.

—¿Es un problema que la dirija yo?

—Por supuesto.

—Aún no has firmado el contrato, de modo que no estás obligado a nada. Si quieres llevarte la novela a…

—¿Qué te ha parecido *El mundo de Josie*? Y no me digas que no la has leído.

—Hay algo que no ha cambiado con los años, Liam. Sigues siendo tan arrogante como siempre —replicó ella.

—¿Y?

—*El mundo de Josie* es una novela brillante y será un gran éxito —suspiró Laura.

—¿Tú crees?

Por primera vez, había cierta inseguridad en su tono de voz. Y eso la sorprendió. ¿No sabía lo bueno que era su libro?

¿Después de ocho años, Liam O'Reilly habría perdido la confianza en su propio talento? Era una idea inconcebible. Y algo inesperado en un hombre tan soberbio.

Pero intuyó que su respuesta era importante para él.

Habría deseado no tener que decirle la verdad para borrar el gesto arrogante de su rostro, pero no podía hacerlo. En vista de la calidad de la novela, sería cruel y deshonesto.

Aunque Perry pudiera conseguir un contrato más favorable para la editorial con esa pequeña omisión.

—Es una novela magnífica —murmuró, moviendo unos papeles para no tener que mirarlo—. Hay un problema con el nombre del autor, por supuesto…

—¿Cuánto tiempo tardaste en adivinar que era yo? —la interrumpió Liam.

Lo descubrió en el primer capítulo, en la primera página. En el primer párrafo.

—Poco. Perry cree que el subterfugio es para evitar que te pase lo mismo que hace ocho años.

El exceso de publicidad y todo lo demás. Liam asintió con la cabeza.

—Tu editor es muy listo.

—Pues, en vista de que te satisfacen sus calificaciones profesionales, estoy segura de que no tendrás ningún problema tratando con Perry…

—Solo uno —la interrumpió él.

—¿Cuál?

—Yo… —el teléfono empezó a sonar en ese momento—. Será mejor que contestes. Seguro que es tu secretaria para comprobar si te he estrangulado.

Laura tomó el auricular. Era efectivamente Ruth, pero no para comprobar si la había estrangulado.

—Enseguida salgo —le dijo a su secretaria—. Lo siento, Liam, pero mi coche está esperando abajo. Ruth te ofrecerá una taza de café mientras esperas para reunirte con Perry a las cinco…

Laura se levantó y él hizo lo propio.

—No tengo intención de ver a Perry a las cinco… ni a ninguna otra hora.

—¿Has decidido llevarte la novela a otra editorial?

Desde el punto de vista profesional, sería una pena perder aquel contrato. Pero desde un punto de vista personal… Laura solo podía sentirse aliviada de no volver a verlo.

—He decidido que quiero tratar contigo en lugar de con Perry Webster. Ella lo miró entonces, muy seria.

—Siento tener que decirte esto, Liam…

—Tengo la impresión de que no lo sientes en absoluto. Pero sea lo que sea, sugiero que lo dejes para mañana.

Liam O'Reilly había sido un autor de gran éxito, pero eso no le daba derecho a dictar los términos en aquella editorial. Y mucho menos a decir con quién quería o no quería tratar. Si no le gustaba Perry, había otros editores en Shipley… pero ella no estaba incluida en el grupo.

—Pensé que volvías a Irlanda esta tarde —dijo, tomando su bolso.

—Y así era.

—¿Has cambiado de planes?

Evidentemente estaba jugando al gato y al ratón con ella.

—Sí.

—Pues lo siento, pero tengo que irme.

—¿Puedes dejarme en algún sitio? —preguntó Liam.

—No.

—En ese caso, le pediré una cita a tu secretaria para mañana.

—No tengo intención de reunirme contigo mañana ni en ningún otro momento. Perry Webster es más que capaz de tratar contigo y…

—Él no puede responder a ciertas preguntas —la interrumpió Liam. Laura dejó escapar un suspiro. Aquello no le gustaba nada. Pero si se ponía a discutir, llegaría tarde al colegio.

—Pide la cita si quieres. Pero mañana no voy a decirte nada que no te haya dicho hoy.

—¿Él es importante para ti? —preguntó Liam entonces.

—¿Quien?

—El hombre con el que has quedado. Y no me digas que no es un hombre. Reconozco el brillo de tus ojos perfectamente.

—¿Ah, sí?

—Desde luego. Siempre te brillaban así cuando estabas contenta o excitada por algo.

Laura no quería saber cómo le brillaban los ojos, ni recordar las

ocasiones en que Liam debía haber visto aquel brillo.

—Adiós, señor O'Reilly —se despidió, saliendo del despacho a toda prisa.

Pero no podía relajarse mientras Paul la llevaba al colegio. Bobby estaba acostumbrado a que Amy o ella estuvieran en la puerta cuando sonaba la campana y se pondría nervioso si no la viera inmediatamente.

—Aún queda un minuto —dijo su chófer, satisfecho, aparcando la limusina frente al edificio.

—Gracias, Paul —sonrió ella.

Liam había dicho que parecía contenta, pero se equivocaba sobre las razones. No sabía cuánto se equivocaba.

Cuando vio a Bobby corriendo por el pasillo, sonrió, feliz. Era el más alto de su clase y tenía unos ojos azules llenos de inteligencia, la cara más bonita del mundo…

Y era el hijo de Liam.

Laura frunció el ceño al reconocer el parecido entre padre e hijo. No era solo el color del pelo o de los ojos. Bobby iba a ser tan alto como él.

Por primera vez, se preguntó si no tendría que contarle algún día quién era su verdadero padre…

Pero no quería ni pensar en compartir a su hijo con Liam. Roben fue el único padre de Bobby y el niño había sufrido mucho tras su muerte.

Pero la verdad era que su verdadero padre estaba vivo. ¿Tenía derecho a negarle eso a su hijo?

¿Por qué tenía Liam que haber vuelto a su vida y enfrentarla con aquel dilema?

—¿Qué te pasa, mamá? —le preguntó el niño cuando llegó a su lado.

Laura sonrió.

—Nada, cielo. Estaba pensando que a lo mejor te gustaría cenar una hamburguesa.

Como esperaba, al oír eso Bobby se olvidó de todo lo demás. De modo que ella decidió olvidarse de Liam O'Reilly. Lo conocía bien y estaba segura de que habría pedido una cita para el día siguiente.

Entonces volvería a pensar en él.

Más fácil decirlo que hacerlo.

Después de cenar hamburguesas y patatas fritas, volvieron a casa

para hacer los deberes, bañó al niño, le leyó un cuento en la cama…

Todo eso sin pensar en Liam.

Pero una vez en su habitación, Laura no podía dejar de pensar en él.

Ocho años antes, Liam O'Reilly había ido a la universidad en la que ella estudiaba para dar una clase maestra sobre literatura contemporánea. Recordaba que los pasillos estaban llenos de estudiantes esperando conocer al famoso autor pero no recordaba una sola palabra de toda la clase.

En cuanto Liam apareció en la tarima se había quedado hipnotizada por su forma de moverse, por el brillo de sus ojos azules, por la seductora voz masculina…

Después de la clase, seguía pensando en él cuando fue a la cafetería y tomó una ensalada que no recordaba haber pedido, un café al que olvidó poner azúcar… tan afectada estaba por aquel hombre.

—¿Se te ha caído una lentilla en la taza de té?

Aquellas palabras fatídicas.

Pero en aquel momento, lo único que Laura sabía era que el hombre con el que llevaba horas soñando despierta estaba dirigiéndose a ella.

Y se puso roja como un tomate al ver a Liam O'Reilly a su lado, con una bandeja en la mano.

—Yo no tomo té —le había dicho, después de aclararse la garganta—. Y tampoco llevo lentillas —añadió sabiendo que se refería al color de sus ojos.

—Lo sé, era una broma —dijo él, dejando la bandeja sobre la mesa—. Durante la clase no he podido dejar de fijarme en tus ojos.

—¿Me ha… visto?

—Estabas en la segunda fila. ¿Te importa si me siento contigo?

—Yo… no, claro.

—Gracias.

Se había fijado en ella mientras lo miraba como una tonta. O quizá se había fijado precisamente porque lo estaba mirando como una tonta.

—Me ha gustado mucho la clase —dijo, cuando pudo encontrar su voz.

—¿De verdad? —sonrió él—. No me mires así.

No eras la única que parecía a punto de dormirse. No quería ser aburrido…

—¡Su clase no ha sido aburrida en absoluto! —protestó Laura—.

Yo… estaba fascinada, la verdad.

—¿De qué he hablado?

Ella tragó saliva. No podía decirle sobre qué había versado la clase. Era incapaz.

—Pues…

—¿Quieres cenar conmigo esta noche?

¿Cenar? ¿Cenar con Liam O'Reilly? Laura no daba crédito.

—Yo…

—¿Sí o no? —rio él.

—Pues… ¿por qué quiere que cene con usted?

—Porque nunca había conocido a nadie con unos ojos tan bonitos.

—Creo que está jugando conmigo, señor O'Reilly.

—Piensa lo que quieras, pero me gustaría invitarte a cenar. Y me llamo Liam.

—Yo me llamo Laura. Laura Carter.

—Bueno, ahora que hemos sido formalmente presentados… ¿te importaría cenar conmigo esta noche, Laura?

—Sí. Digo no, no me importaría —contestó ella.

No sabía por qué la invitaba a cenar, pero sabía por qué había aceptado. De cerca era tan atractivo, tan interesante como en la tarima. ¡O más!

—Espero que esta noche tengas más apetito —rio Liam, señalando su ensalada, casi sin tocar.

Durante la cena hablaron sobre muchas cosas: libros, arte. Irlanda, lo que Laura pensaba hacer cuando se graduase… Él no intentó seducirla en absoluto, pero le dijo que quería volver a verla.

Y unas semanas más tarde eran inseparables, Laura lo ayudaba a mecanografiar sus clases y a veces lo acompañaba a las charlas literarias, inmensamente orgullosa de estar con él.

Durante aquellos meses aprendió lo que Liam no soportaba de las mujeres: que fueran posesivas, por ejemplo. Que hablasen demasiado, que no tuvieran una opinión propia, que no tuvieran sentido del humor, que fueran demasiado extrovertidas o demasiado introvertidas. Que fueran muy gordas o demasiado delgadas. La lista era interminable.

Ella intentaba no ser ninguna de esas cosas… pero estaba tan enfrascada en complacerlo que terminó sin saber quién era en realidad.

Y, ocho años después, Liam quería seguir diciéndole lo que tenía que ser.

Pero había pasado mucho tiempo y Laura sabía bien quién era. Era Laura Shipley. La viuda de Robert Shipley. La madre de Bobby. La propietaria de una prestigiosa editorial.

Pero no sería la editora de Liam O'Reilly.

Capítulo 6

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Liam la miró por encima de la agenda que había tomado de su escritorio.

—Comprobando que no tienes ninguna otra reunión.

Laura lo miró, incrédula. Como había dicho, le pidió cita a Ruth y allí estaba. A primera hora de la mañana. Lo cual no auguraba nada bueno.

—¿Satisfecho? —le espetó ella, guardando la agenda en un cajón.

Liam levantó una ceja.

—No mucho. Pero ahora podemos continuar la conversación que empezamos ayer.

Afortunadamente, Laura ya se había recuperado de la sorpresa de verlo entrar en su despacho y tenía las cosas más claras. Además, sabía que Liam había cancelado su reunión con Perry.

—Creo que no tenemos nada más que hablar. En estas circunstancias, no ha sido muy inteligente por tu parte cancelar la cita con Perry Webster.

—Eso suena como una amenaza, señora Shipley.

Laura no estaba de buen humor después de haber pasado la noche en vela recordando su relación. Y no tenía intenciones de seguirle el juego.

—Tómatelo como quieras. Soy la propietaria de este negocio y no tengo tiempo de ser la editora de…

—Haz una excepción conmigo.

Ella lo miró, incrédula. Liam O'Reilly era la última persona en el mundo por la que haría una excepción.

—No.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? ¡Es obvio por qué no!

—Una vez fuimos amantes, ¿es por eso? Ocurrió hace años, Laura. Han pasado muchas cosas desde entonces. Los dos hemos estado casados y… no tendrás miedo de que la historia se repita, ¿verdad?

—¡Claro que no!

Lo único que temía era que descubriera que tenía un hijo suyo.

¡Lo único!

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—¿Eres sordo? ¿Por qué tengo que repetir las cosas un millón de

veces?

—Ya sé que no ejerces de editora, pero te he pedido que hagas una excepción conmigo. Si no lo haces, me llevaré la novela a otra editorial.

Desaprovechar la oportunidad de publicar la última novela de Liam O'Reilly sería una locura, pero no se arruinaría por ello. Después de todo, publicaba anualmente muchos éxitos editoriales.

No, no sería el fin del mundo perder esa novela. Pero nadie lo entendería. Aunque tampoco eso le importaba demasiado; ella no tenía que darle explicaciones a nadie.

No, no era nada de eso lo que la hacía dudar antes de decirle que se fuera con su manuscrito a otra parte, sino que Liam creyera que le tenía miedo.

Porque sabía perfectamente de que no había ninguna posibilidad de que la historia se repitiera.

—Eso suena como una amenaza, señor O'Reilly —dijo por fin.

—Laura… de verdad me gustaría que trabajásemos juntos —dijo entonces, inclinándose hacia delante—. ¿No quieres intentarlo al menos?

Cuando todo lo demás fracasaba, Liam O'Reilly usaba sus dotes de seductor. Pero que hubiera podido encandilarla ocho años antes no significaba que pudiese volver a hacerlo.

—No.

—¿No crees estar a la altura? —preguntó Liam entonces.

—Cuando acabé mis estudios universitarios me convertí en editora. Ya te lo dije.

—Sí, es verdad. ¿En la editorial Shipley?

—¿Y si así fuera?

—Unos meses después te casaste con el propietario.

Laura se puso tensa.

—¿Qué quieres dar a entender? No sabes nada de mi vida, Liam. Y sugiero que lo dejemos ahí.

—Estoy interesado en saber, eso es todo.

—Ese interés no hace nada para resolver el problema.

—¿Qué problema…?

Laura había olvidado su costumbre de hacerse el tonto cuando le convenía. Y era tan irritante en aquel momento como ocho años antes.

—Que no quiero ser tu editora —le recordó, impaciente.

—Ya te he dicho lo que quiero —dijo Liam entonces, encogiéndose de hombros.

—Y yo te he dicho que es imposible. Quizá deberías llevarte la novela a otra editorial.

—Eres una cobarde —murmuró él entonces, levantándose.

Laura se levantó también, furiosa.

—¿Cómo te atreves a insultarme?

—¿Qué cómo me atrevo? Yo te diré cómo me atrevo…

—Laura… ah, perdón —murmuró un confuso Perry, asomando la cabeza en el despacho—. Me pediste que viniera a las nueve y media.

Le pidió que entrase en su despacho a las nueve y media pensando que para entonces ya habrían llegado a un acuerdo. También había olvidado lo poco razonable que Liam O'Reilly podía ser.

—Entra, Perry.

—No entres, Perry —la contradijo Liam—. Aún no he terminado de hablar con la señora Shipley.

—Yo creo que sí, señor O'Reilly —replicó ella—. Hemos terminado del todo.

Liam siguió mirándola durante unos segundos y después se volvió hacia Perry.

—Entra si quieres. Pero te lo advierto, puede que oigas cosas que te sorprendan.

A Laura no le pasó desapercibido el tono de advertencia en su voz. Pero ella podía jugar al mismo juego.

—Perry sabe que nos conocemos. Por eso fui al hotel hace dos días, para comprobar si efectivamente eras tú.

—Ah, qué bien. Ahora haces de Sherlock Holmes.

—Acabo de decirle a Liam que tú serías un editor estupendo —sonrió ella, dirigiéndose a Perry.

—Y yo acabo de decirle que, aunque tú seas estupendo, si decido firmar con Shipley, yo elegiré a mi editor —replicó Liam.

En ese momento sonó el teléfono.

—Perdón —murmuró Laura, descolgando el auricular—. Dime, Ruth… —unos segundos después se puso pálida—. Iré enseguida —consiguió decir antes de colgar—. Tengo que irme.

—Laura, ¿qué…?

—Ahora no puedo hablar, Liam —lo interrumpió ella, tomando el bolso.

—Pero aún no…

—¿Es que no lo entiendes? ¡Tengo que irme!

Su hijo se había caído por la escalera del colegio e iba de camino

al hospital. Sencillamente, no tenía tiempo para nada ni para nadie en aquel momento.

—¿Qué ocurre? —insistió Liam.

—Habla con Perry o no hables con él, me da igual. Llévate la novela a otra editorial si quieres.

—¿Te da igual?

—Me da exactamente igual —contestó ella, saliendo a toda prisa del despacho.

Tomó un taxi en la puerta de la editorial y llegó al hospital al mismo tiempo que la ambulancia en la que iba su hijo.

Bobby parecía tan pequeñito en la camilla, tan vulnerable…

Cuando llegó a su lado, tenía los ojos llenos de lágrimas, pero intentó controlarlas al ver la carita pálida del niño.

—¡Mamá!

—¿Qué ha pasado, cielo? —exclamó Laura, apretándolo contra su pecho.

—Me he caído por la escalera y me hecho daño en la cabeza y en la rodilla.

—¿Has pensado en el daño que se habrá hecho la escalera? —intentó bromear ella.

—Tonta —sonrió Bobby, entre lágrimas.

Laura acarició sus rizos oscuros. Bobby era un tesoro para ella y hubiera querido envolverlo entre algodones para que nadie pudiera hacerle daño.

Pero Robert insistió en que no podía hacer eso, que no sería justo negarle los juegos de los que disfrutaban otros niños.

También fue su marido quien la animó a volver a trabajar cuando Bobby empezó a ir a la guardería. Y cuando murió, Laura se alegró de tener algo que hacer.

Pero desearía que estuviera a su lado en aquel momento. Era en esas situaciones cuando realmente lo echaba de menos.

Afortunadamente, Bobby no tenía nada grave. Se había hecho una herida en la rodilla y un buen chichón, pero nada más. En cualquier caso, debía quedarse a dormir en el hospital esa noche.

Por supuesto, Laura se quedaría con el. El niño no había pasado una sola noche solo y menos en un hospital.

—Voy a pasar un momento por casa para buscar algunas cosas —le dijo cuando estuvo instalado en la habitación.

La enfermera había encontrado un canal infantil en la televisión y su hijo parecía más tranquilo.

—Tráeme a Teddy, mamá.

Teddy era su osito de peluche. En realidad, se lo había regalado Robert a ella el día que dio a luz, pero siempre estuvo en la cuna del niño. Y jamás se separaba de él.

—Por supuesto, cariño.

En el taxi, Laura no pudo controlar las lágrimas. Ojalá Robert estuviera con ella. Bobby no tenía nada grave, pero le dolía tanto verlo en el hospital…

Cuando llegaron a su casa, el taxista le dio un pañuelo de papel.

—Tome, séquese las lágrimas.

—Gracias —murmuró ella.

Tenía que calmarse, se dijo. El niño estaría de vuelta en casa al día siguiente.

Amy la recibió en la puerta, con expresión angustiada.

—Señora Shipley. ¿Cómo está Bobby?

—Bien, no ha sido nada importante —sonrió Laura—. Solo un chichón y un corte en la rodilla.

—Gracias a Dios —suspiró el ama de llaves—. Por cierto, hay un hombre esperándola en el salón. Le he dicho que no estaba, pero ha insistido en esperar. No quiere marcharse.

Solo había un hombre tan arrogante como para eso: Liam O'Reilly.

—No le has dicho dónde estaba, ¿verdad?

—Claro que no. Dice que se llama O'Reilly. Y parece de los que siempre se salen con la suya —contestó Amy.

Laura sonrió. Eran de la misma opinión.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —le preguntó en voz baja.

No quería que Liam supiera que estaba en casa. Antes de verlo, tenía que arreglarse el maquillaje para disimular que había estado llorando.

—Una hora más o menos. Y, por la pinta que tiene, podría estar guardándose la cubertería de plata.

—Es un arrogante, pero no creo que sea un ladrón —rio Laura—. Voy a subir un momento…

—¿Laura?

Ella se volvió al oír la voz masculina.

—Hola, Liam. Creo que querías verme.

Lo último que habría deseado era encontrarse con él allí. Estaba agotada después de haber tenido que disimular sus miedos delante de Bobby y no le quedaban fuerzas para otro enfrentamiento.

—¿Qué te ha pasado? Estás horrible.

—Ah, muchas gracias.

¿Cómo se atrevía a entrar en su casa sin ser invitado? ¿Cómo se atrevía a insultarla?

Si no fuera tan egoísta, si no lo hubiera sido ocho años antes, estarían compartiendo la angustia por el accidente de su hijo.

—No quería decir eso…

—Vamos al salón —lo interrumpió Laura—. Amy, por favor, llévame una taza de café.

—Ahora mismo, señora Shipley.

Una vez en el salón, ella se dejó caer en el sofá, agotada.

—¿Qué es lo que quieres?

Liam no contestó. Sencillamente se quedó mirándola como si quisiera adivinar de dónde venía, qué le había pasado. Y Laura no podía esperar mucho más. Lo último que deseaba era llorar delante de él.

—Debe de ser muy especial —dijo Liam entonces.

—¿Quién?

—El hombre al que has ido a ver esta mañana. El que te ha hecho llorar. ¿Quién demonios…?

—Ah, gracias Amy —lo interrumpió Laura cuando el ama de llaves entró en el salón.

En la bandeja llevaba una sola taza de café, por supuesto. Para demostrarle al intruso que tampoco a ella le hacía ninguna gracia su visita.

—De nada. ¿Necesita algo más?

—Nada, gracias.

El ama de llaves salió del salón mirando a Liam con cara de pocos amigos.

—¿Qué estabas diciendo? —preguntó Laura entonces.

—Me gustaría saber qué haces con un hombre que te trata tan mal.

—Estoy loca por él.

Era cierto. Estaba loca por Bobby. Pero Liam no lo sabría nunca.

—Una vez, también pensaste estar loca por mí.

—Como ya te he dicho…

—Eso fue cuando no sabías distinguir el oro de la paja, ya lo sé —suspiró él.

—Veo que tienes buena memoria.

—En lo que a ti se refiere, sí.

—No me lo creo. De hecho, hasta nuestro encuentro del otro día, dudo mucho que te hayas acordado de mí en estos últimos ocho años.

—Tú…

—¿Cómo ha terminado tu reunión con Perry? —lo interrumpió Laura.

No quería saber si Liam había pensado en ella. No quería hablar de un pasado que estaba muerto.

—¿Quieres saber si lo acepto como editor? La respuesta es no.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Pues lo siento. Estoy segura de que no tendrás ningún problema en otra editorial.

—No quiero ir a otra editorial.

—Ya te he dicho que no voy a ser tu editora, Liam. No insistas.

—No es una insistencia absurda. Es que creo que tú y yo podríamos trabajar muy bien. La relación entre un autor y un editor es muy delicada y…

—Lo sé perfectamente —lo interrumpió Laura—. Y no creo que tú y yo pudiéramos mantener una relación de ningún tipo.

—¿Por qué no?

—Porque no. Y lo siento, pero tengo que irme —dijo ella, levantándose.

—¿Para ver a ese hombre otra vez?

—Para ver a ese hombre otra vez —sonrió Laura.

—¿No aprendiste la lección conmigo? —le preguntó Liam entonces, tomándola del brazo.

Ella intentó soltarse, pero era imposible.

—¿A qué lección te refieres? ¿Cómo diferenciar a un canalla de un buen hombre?

Los ojos azules parecieron incendiarse al oír esas palabras.

—Intenté portarme bien contigo, Laura.

—Pues no lo intentaste lo suficiente. ¡Suéltame ahora mismo!

—Una vez te dejé ir y lo lamentaré siempre —murmuró Liam—. Si crees que voy a hacerlo de nuevo, cuando no hay nada ni nadie entre los dos, estás loca.

Ella lo miró a los ojos, sintiendo un calor que la recorría entera.

Estaba tan cerca que podía ver la sombra oscura de su barba, las arruguitas alrededor de la boca y los ojos, unos ojos tan azules que parecían del color del cielo. En aquel momento, un cielo lleno de nubes.

Podía notar el aliento del hombre en su cara. Un aliento que la debilitaba, que hacía que le temblasen las piernas…

—¡No! —exclamó, soltándose de un tirón.

Liam se equivocaba al decir que no había nadie entre ellos.

Bobby estaba entre ellos. Y siempre lo estaría.

Pero no era solo Bobby lo que había impedido que se dejara llevar por un momento de debilidad. Su orgullo no se lo permitía.

—Quiero que te marches, Liam. Ahora mismo —dijo, con los dientes apretados.

—Muy bien, Laura. Me marcho. Pero no me iré de Londres.

—Eso a mí…

—Y no me alejaré de ti —dijo Liam entonces con voz ronca.

—Creo que ya he dejado claro que no voy a ser tu editora y que me da igual tu novela.

—Lo que uno quiere y lo que consigue suelen ser cosas diferentes —replicó él.

—Lo sé muy bien. Tú me enseñaste esa lección hace ocho años.

La expresión del hombre se suavizó.

—No quería hacerte daño, Laura…

—¿A quién le importa lo que quisieras? El resultado fue el mismo. Y ahora, por favor, márchate.

—Lo haré. Pero volveremos a vernos —prometió Liam.

Poco después Laura oyó un portazo y se dejó caer en el sofá. Estaba temblando.

¿Qué iba a hacer?

Liam O'Reilly no tenía intención de desaparecer de su vida. Evidentemente, encontraba a aquella nueva Laura más madura c interesante que la cría de veinte años que conoció.

Pero ella no tenía intención de hacerle un sitio en su vida. Le diría a Amy que no lo dejase entrar y haría lo mismo en la editorial. No quería volver a verlo, no podía volver a verlo.

Aunque tenía el presentimiento de que Liam la encontraría de todas formas.

Capítulo 7

Laura no pudo pegar ojo.

Los hospitales eran sitios muy ruidosos por la noche, desde luego. Y con las enfermeras entrando para observar a Bobby cada dos horas, no había forma de dormir.

Los dos se sintieron aliviados cuando el médico, a la mañana siguiente, les dijo que todo estaba bien y podían volver a casa.

Amy se quedó cuidando al niño, que se durmió en cuanto lo metió en su cama, y Laura pasó un momento por la oficina.

—Janey Wilson, del *National Daily*, ha llamado tres veces esta mañana —le informó Ruth—. No me ha dicho de qué quería hablar, pero ha insistido en que la llame.

Laura miró el número de teléfono. No conocía a Janey Wilson, pero sabía que trabajaba para un periódico sensacionalista. ¿Para qué querría hablar con ella?

—Estoy interesada en saber si hay algo de cierto en los rumores de que Shipley va a publicar la última novela de Liam O'Reilly —le dijo la periodista.

¿Rumores? ¿Quién había extendido esos rumores?

—No sé quién le ha dado esa información, señorita Wilson, pero…

—Mis fuentes son muy creíbles, se lo aseguro.

¿Qué diría Liam, que había insistido en que no hubiera publicidad?

—Pues lamento informarle de que Shipley no tiene intenciones de publicar una novela de Liam O'Reilly. Suponiendo que haya escrito una.

Liam se pondría furioso si supiera que alguien había extendido el rumor. Solo Perry y ella sabían que les había enviado un manuscrito. Pero Perry… ¿por qué iba a hablar con la prensa? Era un hombre muy discreto y completamente leal a la editorial. Además, promocionar la novela antes de haber firmado el contrato tendría un efecto contrario al deseado. Liam simplemente recuperaría su manuscrito y lo llevaría a otra parte.

—Mis fuentes me han informado de que usted va a ser su editora —dijo entonces Janey Wilson.

Laura miró el teléfono, atónita.

—Eso no es cierto.

—¿Tengo su permiso para citar esos comentarios? —preguntó la periodista.

—Tiene permiso para decir que no hay comentarios sobre ninguna de las preguntas.

—Ah, qué interesante —dijo la señorita Wilson, con un tono que a ella no le gustó nada—. Gracias por devolverme la llamada, señora Shipley.

Laura colgó, pensativa. Aunque no le gustase la idea, debía hablar con Liam sobre aquella llamada. Porque si Janey Wilson conseguía localizarlo y empezaba a hacerle preguntas… iría a la editorial para estrangularla.

Pero antes de hablar con él, decidió hablar con Perry. La expresión de su editor cuando le dio la noticia le confirmó que no sabía nada del asunto.

—¿Seguimos teniendo el manuscrito?

—O'Reilly no lo ha pedido.

—Pues me temo que después de esa llamada, lo tendremos aquí en media hora —suspiró Laura—. Lo siento, Perry. Sé cuánto deseabas publicar esa novela.

Al contrario que ella.

Tampoco deseaba llamar a Liam para darle la noticia de que había rumores sobre su novela.

Y tampoco le hacía gracia esperar en el vestíbulo del hotel a que él bajase de la suite.

Estaba segura de que no iba a ser una reunión agradable.

Ningún encuentro con Liam O'Reilly era agradable.

—¡Qué sorpresa! —exclamó él unos minutos después.

Aquella vez, Laura no se había molestado en mirar hacia los ascensores. Las apariciones de aquel hombre siempre eran un misterio.

—¿Quieres tomar un café?

—Por supuesto —sonrió Liam, dejándose caer en el sillón. Aquel día no se había molestado en ponerse chaqueta y llevaba solo vaqueros y una camiseta negra—. Ah, veo que recuerdas cómo me gusta.

Solo, sin azúcar. Había sido un gesto inconsciente, pero la irritó recordarlo.

—No me acordaba —mintió Laura.

—¿No? —sonrió él, burlón—. ¿A qué se debe tu visita? Pensé que no querías volver a verme.

En realidad, habría deseado estar lejos de allí, pero su deber profesional era advertirle de que alguien había extendido el rumor de una posible publicación de su novela.

—Las cosas cambian.

—Desde luego que sí —dijo Liam, que parecía estar disfrutando con su incomodidad.

Ojalá pudiera borrar esa sonrisa arrogante de sus labios, pensó ella.

—Tenemos que hablar de algo… Pero no sé por dónde empezar.

—Por el principio sería buena idea —sonrió él, irónico.

—Muy gracioso. Pero en este caso, es complicado. Verás…

—¿Lo pasaste bien anoche? —la interrumpió Liam entonces.

—No he venido aquí para hablar de mi vida privada contigo —le espetó Laura, irritada.

—Charlar sobre temas de interés general tampoco estaría tan mal.

—No tengo tiempo para eso.

—¿Otra vez tienes prisa? Tu relación con ese hombre podría mejorar si lo hicieras esperar de vez en cuando.

De modo que estaban de nuevo hablando sobre el hombre imaginario. No pensaba sacarlo de su error.

—He venido para hablar de negocios.

—Pensé que habías decidido no publicar mi novela.

—No dije eso. Solo que yo no sería la editora.

—¿Sigues pensando lo mismo?

Después de contarle, lo que le había dicho la periodista, Laura estaba segura de que eso le daría igual.

—Podríamos llegar a un acuerdo.

—Has cambiado de opinión —dijo Liam entonces, triunfante.

—La cuestión es que ha ocurrido algo… pero quiero que sepas que nadie en la editorial Shipley es responsable del asunto y…

—¡Liam! —exclamó una joven entonces, acercándose—. Perdona por la interrupción, pero tengo que decirte una cosa. He pensado que te gustaría saber…

—Perdona un momento, Laura —la interrumpió él, tomando a la joven del brazo—. Es un asunto privado.

Siempre lo era cuando se trataba de una chica guapa. Y la recién llegada lo era. Alta, rubia, de piernas largas. Desde luego, Liam no había perdido su gancho con las mujeres.

También ella lo seguía encontrando muy atractivo. Si la situación fuera diferente, quizá podrían ser amigos. Quizá así se libraría de los fantasmas del pasado.

Pero había demasiadas cosas que Liam O'Reilly no debería saber nunca.

En ese momento, la rubia estaba despidiéndose de él con un beso en la mejilla.

—Perdona —se disculpó Liam, sentándose de nuevo a su lado—. Era una vieja amiga.

—¿Ah, sí?

—Su hermano era compañero mío de universidad.

Qué suerte que sus amigos tuvieran hermanas tan guapas, pensó Laura. Pero a Liam siempre le habían gustado las mujeres guapas… y no era asunto suyo, se recordó a sí misma.

—Bueno, será mejor que vaya directamente al grano. Sea como sea, te vas a poner furioso…

—¿Ah, sí?

—Sin duda —suspiró ella—. Aunque, insisto, ninguno de mis empleados es responsable de lo que ha pasado.

—Si algún día me meto en una pelea, espero que estés de mi lado. Defiendes a tus empleados como una leona.

Probablemente porque se sentía como tal, pensó Laura.

—Esta mañana he recibido la llamada de una periodista. Quería saber si íbamos a publicar la última novela de Liam O'Reilly.

Esperaba que él se pusiera furioso, pero no reaccionó.

Se quedó mirándola con una expresión indescifrable. Y Laura no sabía qué hacer.

¿Por qué no decía algo? Cualquier cosa.

Por fin, no pudo resistir el suspense.

—Liam…

—¿Y qué has contestado tú a esa pregunta? —preguntó él, con voz de hielo.

—Sin comentarios.

—Qué poco original —dijo Liam, sarcástico.

—¿Qué querías que dijera? Tendrás que admitir que esta situación es inusual. Supuestamente, nadie sabe que has escrito una novela y el subterfugio no es lo mío.

—¿Y sí lo mío?

—Eres tú el que insiste en utilizar un seudónimo —replicó ella.

—Pues parece que he perdido el tiempo, ¿no? ¿Qué vas a hacer?

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer?

—Para empezar, dejar de ser tan testaruda y publicar mí novela.

—¿Y qué más?

—Ya que me presentas un *fait accompli*… ¿por qué no dejas de ser tan difícil y accedes a ser mi editora? —sugirió Liam. Algo no funcionaba. ¿Por qué no estaba gritando, exigiendo una explicación?

Tres personas conocían al auténtico autor de *El mundo de Josie*: Perry, Liam y ella misma.

Había eliminado a Perry… ¡de modo que solo quedaba el propio Liam!

Pero no podía ser. No podía haberle dado esa información a la periodista. No tenía sentido…

¿Por qué no? Un *fait accompli*, había dicho él mismo.

Pero, ¿por qué ese cambio de táctica?

—¿En qué piensas?

No, no podía ser. Era absurdo que Liam le hubiera pasado esa información a un periódico sensacionalista ni más ni menos.

—¿Sigues queriendo que Shipley publique tu novela?

Él se encogió de hombros.

—Claro que sí. Siempre que tú seas la editora.

—¿Y la publicidad que un artículo en el periódico podría atraer? Tú no querías publicidad.

—Sigo sin quererla. Pero si se trata con cuidado… el asunto se olvidará dentro de unos días.

—Pero cuando la novela esté publicada, habrá que promocionarla.

—Para entonces yo estaré en Irlanda y nadie podrá ponerse en contacto conmigo excepto mi abogado —contestó Liam.

Laura lo miró, nada convencida.

—Estás tomando este asunto con mucha más calma de la que yo esperaba.

—¿Sí, verdad? —sonrió él.

Las sospechas de Laura aumentaron. Si no le preocupaba la publicidad, a pesar de haber mantenido lo contrario, no había razón para que no fuera él quien extendió el rumor.

Presentándola con un *fait accompli*.

Quizá era una medida un poco extrema para conseguir lo que quería… pero Liam O'Reilly era famoso por salirse con la suya. ¿Llegar a eso para conseguir que ella fuera su editora? Era más que capaz.

—¿Por qué me miras así?

—Dime una cosa. La chica que acaba de venir…

—Ya te lo he dicho. Es la hermana de un amigo mío.

—¿Y cómo se llama?

—¿Para qué quieres saber su nombre? —preguntó Liam.

No había querido presentársela, algo que hubiera sido perfectamente normal. De hecho, no presentarlas fue una grosería.

Comprensible si la otra mujer fuera su novia. Pero podía haber otra explicación. Y la voz de la rubia le había sonado familiar…

—No se llamará Janey Wilson, ¿verdad? Periodista del *National Daily* —Laura observó a Liam para ver su reacción y notó que sus pupilas se dilataban ligeramente. Eso era todo lo que necesitaba—. Ya veo que sí. ¿Por qué, Liam?

Pero conocía la respuesta. Estaba decidido a salirse con la suya y había esperado usar a Janey Wilson como forma de presionarla para que aceptase sus condiciones.

—No te molestes en contestar —suspiró entonces, tomando su bolso—. Tengo que irme. Ya he perdido mucho tiempo contigo.

—Laura, espera… —dijo él, sujetándola por la muñeca.

—¡Suéltame!

Pero Liam no la soltó, todo lo contrario.

—Ya te advertí que no te librarías de mí tan fácilmente.

—Y acabas de probar que eres capaz de llevar a cabo tus amenazas.

—No era una amenaza…

—Pues lo parecía —lo interrumpió ella.

—¿Cuál es tu decisión?

—¿Te refieres a tu bien diseñado *fait accompli*.

—Laura, por favor… —Liam ya no apretaba su muñeca, más bien parecía acariciarla.

Ella se soltó de un lirón.

—Te llamaré por teléfono.

—¿Cuándo?

—Cuando haya tomado una decisión —contestó Laura—. A pesar del numerito, no puedes dictarle a todo el mundo lo que tiene que hacer. Cuando tome una decisión, te llamaré. Y no te molestes en presentarte en mi casa o en mi despacho hasta entonces.

—No tardes mucho, ¿de acuerdo?

—¡Tardaré lo que tenga que tardar! —le espetó ella, furiosa—. Tú eres el responsable del rumor, pero ni tú ni yo sabemos cuál será la repercusión cuando aparezca el artículo mañana. Cuando un periódico informase de que el famoso autor Liam O'Reilly había escrito una novela después de ocho años.

Laura esperaba que Liam estuviera preparado.

Y esperaba estarlo ella también.

Capítulo 8

Como era de esperar, el teléfono empezó a sonar antes de las ocho de la mañana. Y siguió sonando.

Laura contestó la primera llamada, de un periódico local interesándose por la noticia que había publicado el *National Daily*, pero después dejó que sonara mientras estaba duchándose.

Como seguía sonando cuando salió de la ducha, decidió descolgarlo.

No tenía ni idea de cómo habían localizado los periodistas el número de teléfono de su casa.

Pero sabía que la prensa tenía sus propios informadores.

Y decir que estaba irritada por la intrusión era decir poco. Afortunadamente, Bobby estaba dormido.

El timbre sonó poco después de las nueve y Amy le informó que era otro periodista. Enfadada, ella misma salió a decirle que no tenía comentarios que hacer, pero el hombre empezó a hacer preguntas a la velocidad del rayo.

Como única solución, Laura le dio con la puerta en las narices, pero pudo ver más periodistas en la calle, algunos con cámaras fotográficas.

Su único consuelo era que Liam seguramente lo estaba pasando igual de mal.

¡Liam!

Todo aquel lío era culpa suya. Si no hubiera querido que Shipley publicase su novela a toda costa, nada de aquello estaría pasando.

El timbre volvió a sonar entonces.

Laura decidió no abrir. Pero el ruido podría despertar a Bobby y entonces se iba a enfadar de verdad.

—Le he dicho que… ¡Liam! —exclamó al verlo en la puerta. En ese momento, los periodistas empezaron a hacer fotografías—. ¡Entra! —dijo, tirando de su brazo—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿No te dije que no vinieras?

—No contestabas al teléfono, así que he tenido que venir.

—Tuve que descolgarlo. Empezaron a llamar antes de las ocho de la mañana.

—A mí, a las siete.

—¿Y crees que eso me alivia?

—Si lo creía, me he equivocado —sonrió él, pasándose una mano por el pelo—. ¿Puedo pedirle a Amy que me invite a un café o me echará a la calle a patadas?

Recordaba el nombre de su ama de llaves.

Aquel hombre era insoportable, pensó Laura.

—Ve al cuarto de estar —le dijo entonces. No quería que Bobby decidiera bajar al oír voces—. Yo misma llevare el café.

Estaba de pie frente a la apagada chimenea cuando entró, con una bandeja que dejó sobre la mesita.

—Con esos vaqueros, te pareces más a la Laura que conocí hace ocho años —murmuró Liam.

Ella se puso colorada. No quería recordar el pasado. Sencillamente, se había puesto vaqueros porque no pensaba ir a la editorial aquel día.

—Las apariencias engañan.

Él dejó escapar un suspiro.

—Siempre estás a la defensiva.

—¿Para qué has venido?

—¿Has leído el *National Daily*!

—¿Tengo que hacerlo? —replicó Laura, irónica, señalando hacia la ventana.

—Me temo que sí —dijo él, sacando un periódico del bolsillo—. Mira la página cuatro.

Al abrirlo, vio una fotografía de Liam y ella.

Había sido tomado el día anterior, en el hotel, sin que Laura se diera cuenta. Estaban sentados en el vestíbulo, charlando de una forma amistosa.

¿Habían charlado así en algún momento? No lo recordaba, pero la evidencia estaba ante sus ojos.

—Veo que tu amiguita no fue solo a saludarte. ¿Tú sabías que iba a hacer fotografías?

—Claro que no —contestó él—. Pero creo que deberías leer el artículo antes de seguir hablando.

Laura lo fulminó con la mirada antes de sentarse en el sofá. Y, mientras leía el artículo, palideció.

Laura Shipley, propietaria de la editorial Shipley, ha preferido no hacer comentarios sobre el rumor de que pronto va a publicar la nueva y esperada novela de Liam O'Reilly. Pero la pareja, fotografiada ayer por la tarde, parece tener una relación muy estrecha. Quizá pronto oigamos campanas de boda para la viuda de Robert Shipley, madre de Robert Shipley Júnior, y el famoso autor irlandés Liam O'Reilly…

Le temblaban las manos y tuvo que dejar el periódico sobre la

mesa. ¿De dónde habría sacado Janey Wilson esa información? Aquello era peor, mucho peor de lo que había imaginado.

Bobby. ¿Por qué tenía que mencionar a su hijo?

—Lo lamento, Laura.

—¿Tú lo lamentas? —exclamó ella, levantando la mirada—. ¿Cómo crees que me siento yo?

—No sabía que Janey iba a publicar eso.

—Puede que sea la hermana de un amigo tuyo, pero ante todo es una periodista. Una mala periodista, por cierto.

Estaba tan enfadada que sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Cómo se atrevía a publicar esa estupidez? ¿Cómo se atrevía a hablar de su vida privada?

—¿Quieres una copa de coñac? —preguntó Liam, al verla tan agitada.

—¿A las nueve de la mañana? No, gracias.

—¿Quieres que te sirva un café?

—Sí, por favor —murmuró Laura, levantándose del sofá para pasear por la habitación.

Liam sabía que tenía un hijo aunque ella hubiera preferido que no lo supiera. Pero no tenía que saber nada más. No sabría nada más.

Y en cuanto a lo de las campanas de boda…

En aquel momento entendía que los famosos se enfadasen tanto cuando les hacían fotografías o hablaban de su vida como si los conocieran, sin tener ningún derecho. Liam y ella solo estaban tomando un café mientras hablaban de negocios, pero la tal Janey Wilson tenía la desfachatez de sugerir mucho más.

—Sé que no te gusta el azúcar, pero te he puesto una cucharada. Te vendrá bien un poco de energía.

También él recordaba cómo le gustaba el café… Pero no le producía satisfacción alguna que recordase aquel absurdo detalle.

Aunque había tenido razón sobre lo de la energía. En aquel momento tenía fuerzas para darle una bofetada.

—Creo que te he puesto demasiado azúcar —dijo él entonces poniendo cara de susto—. Me estás mirando con cara de asesina. Reconozco el himno de batalla en esos ojos tan bonitos.

Laura… soltó una carcajada. No pudo evitarlo. Era el hombre más irritante, más soberbio y más insoportable del mundo. Y también el más atractivo. Aunque no pensara dejarse afectar por ello.

—Esto no tiene gracia, Liam.

—No, es verdad. He hablado con Janey y le he dicho lo que pienso sobre ese artículo.

—Y seguramente mañana publicará otro diciendo que la has llamado para quejarte… porque es verdad.

—Creo que le he dejado claro que si vuelve a publicar algo sobre nosotros, la estrangulo con mis propias manos.

Ella hizo una mueca.

—No creo que silenciar a Janey Wilson valga de nada —murmuró, mirando por la ventana—. Han hecho varias fotografías de tu llegada a mi casa, de modo que mañana habrá más artículos.

—No sabía que esto iba a convertirse en un circo —se disculpó Liam.

—La prensa es más escandalosa ahora que hace ocho años —suspiró Laura.

—Si una amiga como Janey puede inventarse una historia sin que podamos hacer nada…

Ella intentó sonreír.

—Quizá deberías haberle dicho que llega ocho años tarde.

En cuanto hizo el comentario se arrepintió. La atmósfera había cambiado inmediatamente, cargándose de una tensión sexual que no existía antes. Ambos recordaron entonces lo que habían sido el uno para el otro…

Liam se levantó y dio un paso hacia ella.

—¿Tú crees? Yo no estoy tan seguro. Estás más guapa que nunca, Laura.

Ella apenas podía respirar, mirando aquellos ojos tan azules. El tic tac del reloj que había sobre la chimenea parecía retumbar en sus oídos.

—No, Liam…

—Ya no eres una niña.

—Nunca lo fui contigo.

—Sí lo fuiste. Pero ahora eres una mujer. Y eres madre —dijo él entonces—. Sabía que había algo diferente en ti, algo que no tenía que ver con los años que han pasado. Evidentemente, ser madre te ha sentado bien.

No solo la sentaba bien; Bobby era el centro de su vida.

—¿Por que no me has hablado de tu hijo, Laura?

—¿Para qué iba a hacerlo?

Tenía que contener los latidos de su corazón.

Estaba asustada. No quería hablar del niño con él.

—¿Cuántos años tiene? ¿Se parece a ti?

Se le había quedado la boca seca de repente. No quería contestar. Pero tenía que hacerlo.

—Se llama Bobby, Robert, como su padre.

Aunque Roben no era el padre biológico del niño, lo había sido en todos los sentidos. Robert había estado a su lado durante el embarazo, durante el parto, en la cuna cuando lloraba por las noches… Robert Shipley era el padre de Bobby, no Liam.

Laura se apartó entonces.

—Tenemos cosas que discutir más importantes que mi hijo.

—Me gustaría conocerlo —dijo él.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

«Cálmate, Laura», se dijo a sí misma.

—Bobby lo ha pasado mal. Perder a su padre tan pequeñito fue muy duro y no quiero confundirlo con… amigos transitorios.

Incluso a ella la frase le sonó como una bofetada. Y el gesto de Liam dejaba claro que estaba dolido.

—¿Por eso mantienes alejado de tu vida al hombre con el que compartes cama?

Le había devuelto la bofetada. Pero no iba a darle la satisfacción de reaccionar.

—Si compartiese cama con ese hombre imaginario, no podría mantenerlo alejado de mi vida.

—¿Imaginario?

Laura había vuelto a caer en su trampa.

—Eres tú quien dice que hay un hombre en mi vida.

—Porque no creo que sea una mujer. Y eres demasiado guapa para haber estado sola durante dos años. A menos que hayas tenido algún «amigo transitorio».

Aquel hombre era insultante. Y, en otras circunstancias, le habría dicho exactamente lo que pensaba de él y lo que podía hacer con sus groseros comentarios. Pero con Bobby tan cerca, su único deseo era que Liam se fuera de allí lo antes posible.

—No pienso responder a esa grosería. Y si has terminado… tengo muchas cosas que hacer.

—¿Cómo explicarle a ese hombre imaginario que el artículo del periódico es una exageración?

—No suelo darle explicaciones a nadie —replicó Laura—. Y ese artículo no es una exageración, es una mentira.

—No tiene por qué ser así —dijo Liam, dando otro paso hacia ella.

No debería estar en su casa, no debería estar tan cerca. Podía sentir el calor de su cuerpo… un cuerpo que había conocido íntimamente tan bien como el suyo propio.

No quería recordar la intimidad con Liam O'Reilly ocho años antes pero, a veces, cuando no podía dormir, recordaba el placer que sintió una vez entre sus brazos.

—Laura… —susurró él entonces, inclinándose para buscar su boca.

El placer la invadió de nuevo al sentir el sólido torso aplastando sus pechos, su lengua acariciándola por dentro, el vientre apretado contra los duros muslos del hombre…

Laura sintió un río de lava entre las piernas cuando Liam metió las manos por debajo del jersey para buscar sus pechos con manos temblorosas. Entonces dejó sus labios y la besó en el cuello, como desesperado.

Ella, mareada de deseo, tenía que sujetarse a sus hombros para no caer al suelo. Solo sentía la caricia de sus labios, los dientes mordisqueando el lóbulo de su oreja, enviando escalofríos de placer por todo su cuerpo…

—¿Mamá? Mamá, ¿dónde estás?

La voz de Bobby fue como un jarro de agua fría.

Laura se apartó de Liam, sintiéndose culpable. El placer que acababa de sentir en sus brazos, olvidado por completo al escuchar los pasitos del niño por el pasillo.

En cualquier momento Bobby y Liam iban a verse cara a cara.

Y, en su estado de confusión, no se le ocurría nada para evitarlo.

Capítulo 9

—¡Mamá! —exclamo Bobby, mirando al extraño con cara de sorpresa.

—Hola, cariño —sonrió Laura—. ¿Te encuentras mejor?

Además del chichón y una herida en la rodilla, Bobby estaba bien después del accidente. La larga noche de sueño reparador lo había dejado con mejor cara y sus ojitos brillaban, alegres como siempre.

Unos ojos que estaban clavados en Liam.

Bobby era alto para su edad y muy delgado, a pesar de comer como un león. Tenía el pelo oscuro y ligeramente rizado, los ojos azul cielo rodeados de pestañas oscuras…

¿Cómo podría él no notar el parecido?

—Tu madre se ha quedado sin palabras, así que será mejor que me presente —dijo Liam entonces, estrechando la mano del niño—. Soy Liam O'Reilly, un viejo amigo de tu mamá.

—Yo soy Robert Shipley Júnior.

A Laura se le hizo un nudo en la garganta cuando padre e hijo se enfrentaron por primera vez. Se parecían tanto… Aunque quizá solo ella podía ver el parecido.

—Tu madre me ha dicho que le llaman Bobby.

El crío se encogió de hombros.

—En el colegio me llaman Robert.

Ella lo miró, sorprendida. Quizá prefería que lo llamasen como su padre… o más bien, como quien creía su padre.

—A mí me gusta más Bobby, ¿te importa que te llame así? —preguntó Liam.

Estaba mirando a Laura, sin embargo. Como escritor, su oficio consistía en observar a la gente, en entender sus reacciones. Y ella debía disimular la angustia que le producía el encuentro.

—Mi hijo tiene que desayunar. Así que, si no te importa…

—¿Me invitas a desayunar?

Laura frunció el ceño. Sabía perfectamente que no lo estaba invitando.

—Solo vamos a tomar cereales.

—Me encantan los cereales. Bobby, ¿tienes de esos que llevan azúcar? preguntó Liam, con un guiño conspirador.

—A mí también me gustan con azúcar —rio el niño, mostrando una sonrisa mellada.

Laura miró a su hijo, perpleja. Quizá era lógico. Sin un hombre en la casa, quizá se sentía a gusto con Liam. Pero ella no quería que

se sintiera a gusto.

—Pues nada. Vamos a desayunar —suspiró por fin. Se preguntaba si habría intuido que era su hijo. Si era así, no lo demostraba. Lo cual era perturbador.

Amy levantó una ceja al verlos entrar en la cocina y Laura se encogió de hombros, resignada. ¿Qué iba a hacer, echarlo a la calle? Con un hombre de metro noventa y cinco eso no era tan fácil.

—¿No deberías estar en el colegio, Bobby? —preguntó Liam entonces.

—Es que me caí el otro día y me di un golpe en la cabeza —explicó el niño—. Dormí en el hospital con mi mamá.

—Pobrecito mío —murmuró ella, acariciando su pelo.

«De modo que por eso saliste corriendo…», le decían los ojos de Liam.

—Siéntate y toma algo de desayuno —sonrió él.

Laura levantó una ceja.

—¿Cómo?

No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Y menos en su propia casa.

—Por favor —dijo Liam entonces.

Ella se sentó. Hasta que descubriera si había adivinado el parentesco con el niño no quería discutir.

Pero parecía muy tranquilo. Demasiado para ser un hombre que acaba de descubrir un hijo del que no sabía nada. Era imposible saber lo que estaba pensando porque Liam era capaz de esconder sus emociones mejor que nadie. Su rostro era, en aquel momento, una máscara indescifrable.

Charló con el niño de muchas cosas durante el desayuno, mientras ella, nerviosa, tomaba un café y media tostada.

—Yo creo que te encantaría Irlanda, Bobby —estaba diciendo.

¿Cómo que le encantaría Irlanda? Ella no tenía ninguna intención de llevarlo allí.

—No pensamos ir de viaje por el momento.

—Bobby acaba de decirme que le gustaría ir de excursión contigo. Y no hay paisaje más bonito que el de Irlanda.

Podría ser cierto o no, pero Laura no pensaba enterarse.

—Creo que, después del accidente, las excursiones tendrán que esperar —dijo, antes de que sugiriese pasar el fin de semana en su tierra.

—Tu madre tiene razón. Las madres suelen tenerla —sonrió Liam entonces.

Ella lo miró para ver si lo había dicho con sarcasmo, pero le pareció que no era así.

—Si has terminado de desayunar, creo que Bobby debería ducharse…

—Pero mamá…

—Recuerda lo que he dicho sobre las madres —lo interrumpió Liam—. Además, tengo que irme. Pero vendré a verte otro día, si te parece bien.

Laura lo fulminó con la mirada. No quería que Liam y Bobby tuvieran más contacto.

—¡Estupendo! —exclamó el niño.

—A la ducha, jovencito —insistió ella, intentando disimular su nerviosismo.

Bobby salió corriendo escaleras arriba con toda la exuberancia de su juventud.

—Parece que está bien —murmuró Liam—. ¿Qué pasó?

—Se cayó en el colegio. No fue nada, pero se llevó un buen susto.

—Es un niño muy guapo, Laura.

Ella tragó saliva, sin mirarlo a la cara. Una cara que, después de verlo al lado de Bobby, era una versión madura del rostro del niño.

—Desde luego que es guapo.

—Debes estar muy orgullosa de él.

—Por supuesto.

—Cena conmigo, Laura —dijo Liam entonces.

—No puedo dejar solo a Bobby…

—Esta noche, no. Pero mañana es sábado y supongo que podrás dejarlo con Amy durante un par de horas. Además, seguro que para entonces te apetecerá relajarte un poco.

Ella lo miró, boquiabierta. ¿Desde cuándo era tan sensible a las necesidades de los demás?

Liam O'Reilly nunca había mostrado sensibilidad alguna por los deseos de otros.

No quería cenar con él, pero había mucho más en juego que sus propios sentimientos.

—Sí, quizá tengas razón. Pero, ¿podrías buscar un restaurante discreto? No me apetece tener periodistas revoloteando alrededor.

—No te preocupes. Iremos a un sitio donde nadie podrá reconocemos.

Muy poca gente podría reconocerla, pero con Liam era diferente. Su rostro había aparecido en los periódicos muchas veces.

No le apetecía particularmente cenar con él, pero en aquellas circunstancias… necesitaba saber si había adivinado que era el padre de Bobby. Y cenar juntos parecía bastante inofensivo.

Aunque, en lo que se refería a Liam O'Reilly, nada era inofensivo. ¿Quién habría pensado cuando entró en su casa aquella mañana que acabarían uno en brazos de otro?

—Será una cena de negocios, Liam.

—¿De verdad? —sonrió él.

—No hay ninguna otra razón para vemos.

—Si tú lo dices…

—Oye…

—Tu hijo está esperando arriba, Laura. Si las madres suelen tener razón, no deben hacer esperar a los niños.

—¿Y a los mayores? —bromeó ella.

Liam se encogió de hombros.

—Los mayores somos igual de impacientes, pero sabemos disimular cuando queremos algo.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Como la mayoría de la gente, lo que no puedo tener —suspiró Liam—. Dime, Laura, ¿por qué me odias?

Ella lo miró, sorprendida. ¿Odiarlo? No lo odiaba. Ocho años atrás sí lo odió. Pero había pasado mucho tiempo y su matrimonio con Robert y el nacimiento de su hijo la compensaron de todo.

—La vida ha sido demasiado generosa conmigo como para odiar a nadie.

—¿Amabas a Robert Shipley? —preguntó él entonces.

Las facciones de Laura se suavizaron al recordar a su marido.

—Mucho —contestó.

—Debió ser un buen hombre. Me habría gustado conocerlo.

—¿Por qué?

—Porque tú lo amaste —contestó Liam.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para disimular la emoción que habían provocado esas palabras.

—No veo la conexión entre las dos cosas. Y no entiendo por qué estamos hablando de mi marido.

—¿No? Por lo que Bobby ha dicho durante el desayuno, lo quería mucho.

—Por supuesto. ¡Era su padre! Ser padre es mucho más que engendrar un hijo. Y Robert había sido un verdadero padre para el niño.

—Sí, claro —asintió Liam—. Mañana vendré a buscarte

alrededor de las nueve, ¿de acuerdo?

—Mira, no creo que sea buena idea. Sospecho que mañana habrá más especulaciones sobre nosotros en los periódicos y sería mejor evitar que nos vieran juntos.

—Tienes razón. Te llamaré para darte el nombre del restaurante. Si no te importa que nos encontremos allí…

—¿Por qué iba a importarme? No es más que una cena de negocios.

Él sonrió, burlón.

—No tienes que repetirlo. Ya lo has dicho antes.

Laura levantó los ojos al cielo. Aquel hombre era insufrible.

—Será mejor que no salga a la puerta. No quiero que nos hagan más fotografías.

Aunque ese era el menor de sus problemas, pensó, mientras subía las escaleras. Cenar con Liam O'Reilly al día siguiente era el primero de la lista.

—¡Cuando dije algún sitio discreto, no me refería a tu suite! —exclamó Laura, mirando la mesa que los camareros habían colocado en me dio del salón, con copas de fino cristal, cubertería de plata y vajilla de porcelana.

Liam había llamado una hora antes a su casa, pero habló con Amy porque ella había salido de compras con Bobby. Según su ama de llaves, la esperaba a las nueve en su hotel y Laura pensó que irían a algún restaurante desde allí.

Lo que no había imaginado era que pensaba cenar en la suite.

—No te enfades —respondió Liam, impaciente.

Llevaba esmoquin, por primera vez en su vida—. He llamado a todos los restaurantes pequeños que conocía, pero no he encontrado mesa en ninguno.

Ella lo miró, incrédula. Se había puesto un elegante vestido dorado que mostraba sus largas y bien torneadas piernas y se sentía fuera de lugar en la habitación.

—¿No les dijiste que eras Liam O'Reilly?

—Yo nunca utilizo mi nombre —replicó él—. Mira, si no quieres cenar aquí…

—Pues no. No quiero cenar aquí.

—Pero la alternativa era cancelar la cena… Y eso no me apetecía nada.

Laura lo fulminó con la mirada.

—Debería haber elegido yo dónde íbamos a cenar.

—A ninguna parte, ¿verdad?

Ella dejó escapar un suspiro. Llevaba todo el día dándole vueltas al asunto. No le hacía gracia cenar con Liam, pero había pensado que lo harían rodeados de gente, no en una suite… con una cama a pocos metros.

—Esto es imposible, Liam.

—¿Por qué?

—No te hagas el tonto. ¿No has leído los periódicos esta mañana?

—Claro que los he leído.

Como Laura supuso, habían publicado fotografías de Liam entrando en su casa y las especulaciones sobre una posible relación entre los dos continuaban.

—Entonces entenderás que cenar en tu suite solo aumentará los rumores de que…

—¿De qué? —la interrumpió él, ofreciéndole una copa de vino.

—¡De que estamos juntos!

—¿Y?

—Que no lo estamos.

Liam se encogió de hombros.

—No porque yo no lo haya intentado.

Laura se puso colorada.

—Tú… yo…

—Sí, tú y yo —repitió él—. ¿Tan horrible es?

—¿Horrible? ¡Es absurdo!

—¿Por qué? —preguntó Liam, acercándose.

—Por favor, otra vez no —exclamó ella, dando un paso atrás—. Lo que pasó ayer por la mañana… fue un error. Y no quiero repetir los errores del pasado.

—Lo creas o no, tampoco yo quiero repetirlos.

Laura lo miró, escéptica.

—¿Qué quieres decir? —Fui un estúpido hace ocho años. Entonces te dejé escapar, pero no pienso dejar que eso vuelva a ocurrir.

Ella se puso pálida. Supuestamente, era una cena de negocios, pero había ido allí para descubrir si Liam sabía que era el padre de Bobby. Por ninguna otra razón.

Mientras lo miraba, tan guapo con aquel esmoquin, empezó a cuestionarse si estaba siendo sincera consigo misma.

¿No habría ido para descubrir si podía volver a sentir por él lo

que sintió ocho años antes?

Si lo que ocurrió el día anterior era una pista, desde luego ya tenía la respuesta.

Pero, ¿sabía eso mientras se vestía para acudir a la cita? ¿Sus motivos para elegir aquel vestido dorado tan seductor habían sido puramente profesionales… o lo había hecho para atraerlo?

—Liam…

—¿No vas a darme una oportunidad para enmendar los errores del pasado? Fui un idiota, lo admito. Pero también los idiotas merecen una segunda oportunidad.

¿Una segunda oportunidad para qué? ¿Para volver a destrozar su vida? ¿Para desaparecer cuando le viniera en gana?

Laura tembló ante la idea de tener que volver a pasar por eso. Nunca más.

—Laura… —murmuró él entonces, tomándola por los hombros —. ¿No vas a darme una oportunidad para…?

—¡No! Me gusta mi vida tal como es, Liam. No te quiero en ella, con tu soberbia, tu egoísmo…

—Ayer me mentiste —la interrumpió él.

Laura sintió un escalofrío.

—¿A qué te refieres? —preguntó, temiendo la respuesta.

—Me odias —suspiró Liam—. Pero te aseguro que no más de lo que yo me odio a mí mismo por lo idiota que fui hace ocho años.

No estaba hablando de Bobby. Su alivio al oír aquello superó todo lo demás.

—No te mentí. De verdad, no te odio. Pero tampoco tengo deseos de volver a mantener una relación contigo.

Aunque todavía sintiera algo por él, no debía olvidar que una relación con Liam O'Reilly sena un peligro para su vida familiar.

—Muy bien —suspiró él, dejando caer las manos.

¿Se había rendido tan fácilmente? La sorprendía, pero en cierto modo la alegraba que, después de ocho años, los papeles se hubieran invertido. Liam quería una relación y era ella quien lo rechazaba.

—Me parece que, en estas circunstancias, lo mejor será olvidarse de la cena.

—Creo que tienes razón —murmuró él, con una expresión indescifrable.

Laura se inclinó para tomar el bolso. Había entrado en aquella suite quince minutos antes, pero le parecía como si hubiera pasado mucho más tiempo.

Liam estaba fuera de su vida y debería alegrarse. Pero…

—¿Qué vas a hacer con la novela?

Él se encogió de hombros.

—Dices que Perry es un editor excelente y no tengo razones para dudar de tu palabra.

—¿También accedes a que él sea tu editor? —preguntó Laura, incrédula.

—No soy tan poco razonable como crees.

No, pero había hecho todo lo posible para salirse con la suya en cuanto a la publicación del libro. Incluso involucrando a los periódicos.

Y se había rendido con demasiada facilidad.

Liam O'Reilly no era así.

—Liam…

—Laura.

—¿Te reunirás con Perry el lunes?

—Sí. Y después volveré a Irlanda.

—¿Ah, sí?

No solo aceptaba a Perry Webster como editor, sino que se alejaba de Londres… y de su vida. Tenía que haber alguna trampa, estaba segura.

—Ojalá hubieras puesto esa cara de alegría cuando me viste —suspiró él entonces—. Pero volveré, Laura. Tengo que resolver cosas concernientes a la novela. Sí, pero ella ya no tenía nada que ver…

¿Por qué no se marchaba? Había dicho que se iba, pero no daba ningún paso hacia la puerta.

Posiblemente porque sabía que, cuando saliera de la suite, no volvería a ver a Liam a solas.

Vería al escritor Liam O'Reilly, pero no al hombre que la había perseguido durante los últimos días.

Le había dicho cien veces que no quería saber nada de él, que no estaba interesada en reanudar su relación… y cuando Liam aceptaba ese hecho, se quedaba paralizada.

—Adiós —dijo con firmeza.

—Adiós, Laura —murmuró él.

Le pesaban las piernas, pero por fin consiguió salir de la suite y cerrar la puerta.

Cerrando también la puerta de ese rinconcito del corazón donde guardaba el amor que una vez sintió por Liam O'Reilly. Una puerta que él había intentado abrir… sin éxito.

Capítulo 10

—¡No me puedo creer que haya dormido hasta las once! —exclamó Laura, entrando en la cocina.

—Evidentemente, necesitaba descansar —sonrió su ama de llaves.

No, no era eso. Cuando volvió a casa después de su encuentro con Liam se metió directamente en la cama. Pero no podía dormir.

Lo había intentado por todos los medios, concentrándose en Bobby y en su trabajo, pero no podía dejar de pensar en Liam. En el que conoció ocho años antes y en el nuevo Liam. Por eso no logró dormirse hasta el amanecer.

—¿Dónde está Bobby? —preguntó entonces.

El niño no estaba ni en su dormitorio ni en el cuarto de estar viendo la televisión y tampoco estaba en la cocina.

—El señor O'Reilly vino a las nueve…

—¿Qué? —exclamó Laura, asustada.

—Trajo una cometa —explicó Amy—. Pensó que al niño le gustaría jugar con ella y…

—¿Has dejado que Liam se lleve a mi hijo?

—Están en el jardín —suspiró su ama de llaves—. Jamás dejaría que un extraño saliera de esta casa con Bobby, señora Shipley.

Laura se dejó caer sobre una silla.

—No, ya lo sé. Perdona.

Pero Liam estaba en el jardín, con su hijo.

—Como dijo el señor O'Reilly, hoy hace un día estupendo para volar cometas.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué aparecía en su casa sin avisar, con una cometa para Bobby?

Le había dicho que no quería mantener una relación con él, algo que Liam parecía haber aceptado…

—Voy a ver qué están haciendo —dijo, levantándose bruscamente.

—Lo estaban pasando muy bien cuando miré por la ventana hace un rato. Tome una taza de café, señora Shipley. Siempre dice que no puede concentrarse antes de tomar una taza de café.

—¿Crees que estoy exagerando?

—Eso depende… de a qué tenga miedo.

Laura se dejó caer de nuevo sobre la silla.

—Lo sabes, ¿no?

Su ama de llaves sonrió.

—Siempre supe que el señor Shipley no era el padre biológico de Bobby.

—¿Y?

—Me sorprendió mucho el parecido del señor O'Reilly con el niño —suspiró Amy entonces—. Desde el primer día que apareció por aquí.

Laura enterró la cara entre las manos.

—No sé qué hacer…

Amy la abrazó, comprensiva.

—No tiene que preocuparse. Bobby y usted hicieron muy feliz al señor Shipley. Esos fueron los años más hermosos de su vida.

—¿Tú crees? —preguntó ella, intentando controlar las lágrimas. Pero deseaba que fuera cierto, lo deseaba con todo su corazón.

—No lo dude. Eran una familia, lo que él más deseaba. Para el señor Shipley, fue como un regalo del cielo —sonrió el ama de llaves —. Un regalo que no sabía si se merecía, por cierto.

—Si alguien merecía una familia, ese era Robert.

—Y usted se la dio. Y en cuanto al señor O'Reilly… supongo que tendría sus razones para no casarse con él.

—Una buena razón. Nunca me lo pidió.

—Algunos hombres no saben hacer frente a sus responsabilidades —suspiró Amy.

—Liam no sabe que Bobby es su hijo —dijo Laura entonces.

El ama de llaves pareció sorprendida.

—Pues yo creo que lo intuye.

—¿De verdad?

—¿Usted no?

—No tengo ni idea —suspiró Laura—. Pero si lo sabe, ¿por qué no ha dicho nada?

Amy miró hacia la ventana, pensativa.

—Creo que tendrá que preguntárselo.

No podía hacerlo, no podía revelarle la verdad.

—No sé qué hacer.

—¿El señor O'Reilly comerá aquí?

—No, sí… no lo sé, Amy —suspiró ella—. Ya no estoy segura de nada.

La noche anterior todo parecía mucho más fácil. Iba a publicar la novela de Liam, pero él se alejaría de su vida. Que hubiese aparecido en su casa sin avisar no tenía ningún sentido.

El ama de llaves la miró con simpatía.

—Sé que esto no va a consolarla, pero el tiempo lo arregla todo.

Quizá tenía razón, pensó Laura. Pero si Liam sabía que Bobby era su hijo, ¿por qué no lo había dicho?

—Voy a darles los buenos días —decidió entonces.

—Y yo voy a hacer comida para tres. Por si acaso —sonrió Amy.

Laura los observó desde la puerta. El niño llevaba un abrigo puesto y Liam estaba muy atractivo con sus sempiternos vaqueros y un grueso jersey azul.

Los dos sonreían, contentos, observando la cometa que volaba en el cielo. Bobby tiraba de la cuerda y Liam estaba detrás, controlando que no se enredase con las ramas de los árboles.

Se le encogió el corazón al verlos juntos. Qué diferente podría haber sido su vida si Liam no la hubiera dejado ocho años antes. Pero si no se hubiera ido, Robert no habría tenido una familia.

Además, ¿para qué lamentar el pasado? Liam la dejó y Robert se convirtió en su marido y en el padre de Bobby. Nada cambiaría eso.

—Parece que lo estáis pasando bien —dijo por fin, acercándose.

—¡Mira mamá, Liam me ha traído una cometa!

Él la miró por encima del hombro con expresión cautelosa. Y hacía bien. Llevarle regalos a su hijo, aparecer en su casa sin avisar… nada de eso era parte del acuerdo.

—Estupendo —dijo Laura, fulminándolo con la mirada.

—¿Has dormido bien?

—Muy bien, gracias —mintió ella, mientras bajaba los escalones del porche—. ¿Os estáis divirtiendo?

—¡Sí! —exclamó Bobby—. ¡Mira qué alto vuela, mamá!

El niño miraba a Liam con adoración. ¿Cómo podía estar tan a gusto con él si apenas lo conocía? ¿Sería la sangre? ¿Sabría el niño, sin saberlo, que aquel hombre era su verdadero padre?

No, eso no podía ser, se dijo.

—Supongo que le habrás dado las gracias al señor O'Reilly.

Cualquiera que los viese en aquel momento, pensaría que eran una familia: madre, padre e hijo. Pero se equivocarían. Se equivocarían del todo.

—Claro que sí —dijo Bobby, sorprendido.

Era un niño muy bien educado y Laura lo sabía.

—A todos los niños les gustan las cometas —sonrió Liam.

—Sí, claro.

La molestó que hubiera sido precisamente él a quien se le ocurriera que Bobby querría una cometa. Quizá criarlo sola no iba a ser tan fácil como pensaba. Quizá el niño echaría de menos un hombre en su vida…

—Pero si tuvieras una niña en lugar de un niño, no habría sabido qué traerle —murmuró Liam entonces, como si leyera sus pensamientos.

—No creo que eso vaya a ocurrir.

—Pero si aún no tienes treinta años —rio él.

Laura sabía que no iba a tener más hijos. Tendría que estar casada para eso y no pensaba volver a casarse.

El único hombre al que había amado de una forma romántica la abandonó. Y a pesar de no haber amado a su marido, Robert fue el hombre más maravilloso del mundo. Encontrar a alguien como él era esperar demasiado…

—Soy lo suficientemente mayor como para saber que no voy a tener más hijos.

—¿Te habrías casado conmigo si te lo hubiera pedido hace ocho años? —preguntó Liam entonces.

Laura se quedó sorprendida por la pregunta.

¿Lo habría hecho?

Ocho años antes, estaba loca por Liam. Por supuesto que se habría casado con él. Sin dudarlo un momento.

Pero no tenía derecho a hacer esas preguntas.

No tenía derecho a recordar el pasado.

—Entonces yo era muy ingenua —dijo por fin.

—Esa no es una respuesta, Laura.

—¿Quieres que conteste a tu pregunta? Sí, me habría casado contigo. ¡Y menudo desastre de matrimonio!

Liam la miró a los ojos entonces.

—¿De verdad lo crees?

—¿Tú no? Yo significaba tanto para ti que te casaste con otra mujer pocas semanas después de llegar a Hollywood.

—Un error que no habría cometido si me hubiera casado contigo antes de marcharme —dijo él, tomando su mano—. Tú eras lo que necesitaba para mantener los pies en el suelo.

Laura negó con la cabeza.

—Y me habrías pisoteado cuando escapases de estampida.

Él la miró, perplejo.

—No lamentas lo que pasó, ¿verdad?

En una palabra, no. Si no se hubieran conocido, no se habría casado con Robert. Su matrimonio era algo que jamás lamentaría. Si lamentaba algo era haber vuelto a encontrarse con Liam…

¿O no?

¿De verdad deseaba que no hubiera ocurrido?

Lo miró entonces, observando atentamente los cambios en su rostro, los signos de madurez.

¿No habría cambiado también en otros aspectos? Y, sobre todo, ¿no había ella respondido a sus caricias como lo hacía ocho años antes? ¿No había olvidado todo excepto el deseo que Liam la hacía sentir? ¿Cómo habría terminado aquel encuentro si Bobby no los hubiera interrumpido?

Laura tragó saliva.

—No tiene sentido lamentar nada. El pasado es pasado y el futuro es algo desconocido, de modo que solo tenemos el presente. Y yo soy muy feliz con lo que tengo ahora mismo —dijo, mirando a Bobby.

—Entonces, eres muy afortunada —suspiró Liam—. Porque a mí no me gusta mi vida.

—Pues haz algo.

—Estoy intentándolo. Yo…

—¡Tío Liam, se ha enganchado la cuerda! —gritó Bobby entonces.

—¿Tío Liam? —repitió Laura, furiosa.

—Es que no sabía cómo llamarme.

—¿Tío Liam? —repitió ella de nuevo.

—Por favor, Laura. Es un niño muy educado y no se siente cómodo llamando a un adulto por su nombre de pila. No creo que le pase nada por llamarme tío.

—Pues yo no pienso lo mismo.

—¿Por qué? Creo recordar que tú tenías un tío honorífico, tu padrino. ¿Dónde está, por cierto? Hace ocho años no dejabas de hablar de ese hombre. Y no me digas que la señora Shipley se ha vuelto tan orgullosa que ya no se trata con sus parientes.

Laura se puso pálida.

—Cállate, Liam.

—¿Por qué? ¿No te gusta que te recuerden el pasado? —replicó él.

—No sabes de qué estás hablando.

—Sé que me has herido al no querer que tu hijo me llame tío.

—¿Y eso te da derecho a hacerme daño? —le espetó ella—. No tienes derecho a venir a mi casa, Liam. Ningún derecho…

—¡Tío Liam! —insistió Bobby.

—Será mejor que vayas a ayudarlo —suspiró Laura—. Y después, quiero que te marches.

—¿Siempre consigues lo que quieres?

—Casi nunca. Ve a ayudar a Bobby —dijo Laura, volviendo hacia la casa.

Demasiado cerca. Liam estaba demasiado cerca de la verdad.

Capítulo 11

—Qué bien que te hayas dignado a venir —el sarcasmo de Liam era indiscutible.

La reunión fue muy bien y, para celebrarlo, Perry y él decidieron comer en un restaurante. Laura acababa de reunirse con ellos para firmar el contrato.

Había ido porque era lo normal, pero sobre todo porque, después del día anterior, no quería dejarlo solo con ninguno de sus empleados. Conocía a Liam lo suficiente como para saber que le sacaría a Perry la información que quisiera sin que su editor se diera cuenta.

Liam la obedeció el día anterior y, después de desenganchar la cometa de Bobby, se marchó.

Pero lo conocía bien y sabía que eso no significaba gran cosa. Liam O'Reilly haría lo que quisiera hacer y no se detendría ante nada para conseguir su objetivo… fuera cual fuera.

—Siempre es agradable darle la bienvenida a un nuevo autor.

Él sonrió.

—¿Incluso a mí? —Todos estamos muy contentos de tenerte en la editorial —exclamó Perry, entusiasmado—. *El mundo de Josie* va a ser un best—seller, seguro.

Liam levantó una ceja.

—Ahora me lo dices. ¿Tú también piensas eso, Laura?

—Yo creo que se va a vender muy bien —murmuró ella, sin mirarlo.

—Eso es bueno para la editorial.

—Y para ti —sonrió Laura—. Sería una locura dejar escapar una novela tan buena. El mundo editorial es muy competitivo, como sabes.

—Shipley no tiene ningún problema económico.

Lo comprobé antes de enviar el manuscrito.

—Shipley es una editorial prestigiosa. Es lógico que nos enviases tu novela.

—Claro que es lógico apuntarse a un caballo ganador. Yo creo que tenemos muchas cosas en común —sonrió Liam.

De nuevo estaba queriendo decir que se había casado con Robert por su dinero. Estaba segura.

Pero era mejor eso que contarle la verdad.

Perry estaba escuchando la conversación con gesto de sorpresa. Era lógico; el antagonismo entre Liam y ella era evidente para

cualquiera.

—En fin… brindemos por el éxito de *El mundo de Josie* —dijo, levantando su copa.

—Brindemos por ello —sonrió Perry.

—Y por una vida tranquila y feliz —añadió Liam.

—¿Las dos cosas van juntas? —preguntó ella. En el periódico de la mañana había aparecido otra fotografía de los dos, cuando ella lo acompañaba a la puerta de su casa el domingo por la mañana. Como le había advertido, la situación estaba fuera de control.

—Si lo deseas de verdad, sí.

—Espero que tengas razón —replicó Laura, irónica.

Había más periodistas en la puerta aquella mañana y se quedaron muy decepcionados al verla salir sola con su hijo. Pero podían inventarse cualquier cosa.

—Mañana vuelvo a Irlanda. ¿Puedo despedirme de Bobby?

Laura miró a Perry de reojo. Sin duda, su editor también habría leído los periódicos, pero era muy discreto al respecto.

—Pues… no sé.

—No quiero que piense que he desaparecido de su vida —dijo Liam entonces.

¿Por qué no? Había desaparecido de su vida ocho años antes.

—Has cambiado mucho —dijo Laura.

La mirada del hombre era glacial, pero no replicó.

—¿Podemos pedir la comida? —intervino Perry, al rescate.

—No has contestado a mi pregunta —insistió Liam—. ¿Puedo despedirme de Bobby?

Laura tomó un sorbo de champán. No quería que se acercase a su hijo. Ni a ella.

—Con la condición de que no te quedes mucho rato. Bobby tiene deberes que hacer —contestó por fin, lamentando tener que darle explicaciones.

—Intentaré no molestar.

Podía intentarlo, pero como Laura sabía bien, eso era imposible. A Bobby le gustaba tanto su «tío Liam» que había hablado de él sin descanso el día anterior.

A pesar de los intentos de Perry por animar el ambiente, la comida fue muy incómoda. Laura, que apenas había comido nada, estaba un poco mareada por el champán.

—Deberías comer más —le aconsejó Liam, abriendo la puerta de la limusina.

—Cuando quiera tu opinión, te la pediré —replicó ella, irritada.

—¿Podemos dejarte en algún sitio? —preguntó Perry.

«En el aeropuerto», pensó Laura. Estaba deseando que Liam volviese a Irlanda para poder seguir haciendo su vida sin molestias.

—No, gracias, iré andando al hotel. ¿Te parece bien que pase por tu casa a las siete?

Perfecto. Como cenaban a las ocho, tendría una buena excusa para despedirlo sin parecer grosera. A menos que Bobby, entusiasmado, decidiera invitarlo a cenar…

—Me parece bien. Así podré hacer los deberes con Bobby antes de la cena.

Esperaba haber dejado claro que no lo estaba invitando a cenar… y solo la presencia de Perry Webster evitaba que se lo dijera bien claro.

—Te llamaré cuando vuelva a Londres, Perry. Muy bien. Hasta pronto, Liam.

Laura no se molestó en decirle adiós.

—Ha ido mejor de lo que esperábamos, ¿no?

—Yo no sé lo que esperabas —sonrió su editor—. Evidentemente, Liam y tú os conocéis, pero…

—Me refería a la firma del contrato.

—Ah, claro. Sí, eso ha ido muy bien.

—¿Pero?

—No sé, tengo la impresión de que… Tú lo has persuadido para que me aceptase como editor, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—No, por nada. Me parece buena idea. Es mejor no mezclar los negocios con el placer.

¿Mezclar los negocios con el placer? ¿Con Liam? Aquel hombre solo había sido un estorbo desde que apareció de nuevo en su vida.

—Me parece que no has entendido lo que hay entre O'Reilly y yo.

—No estaba criticando, todo lo contrario. Si quieres que te diga la verdad, me alegro de que estés saliendo con alguien —dijo Perry entonces—. Llevas demasiado tiempo sola, Laura.

Ella se quedó de piedra. Pero entre las fotografías del periódico y la petición de Liam de ir a despedirse de Bobby, si protestaba lo haría sospechar más. El comentario de Perry no la puso de mejor humor y cuando Liam llegó a casa lo recibió con frialdad. Bobby estaba en la habitación, quitándose el uniforme del colegio para recibir a su «tío».

—¿Se te ha pasado el efecto del champán? —preguntó él, burlón, cuando estuvieron solos en el cuarto de estar.

—Tú siempre echas la culpa de todo a los demás —replicó Laura.

Seguía llevando el traje oscuro y la blusa blanca que había llevado al restaurante. Después del comentario de su editor sobre mezclar los negocios con el placer, no quería que Liam se viera como algo más que un «negocio».

—Deberías olvidar esa amargura. Después de todo, la vida te ha ido muy bien en mi ausencia —dijo él entonces, mirando alrededor.

Laura se puso pálida.

—Una grosería muy típica de ti. Pero no cambia el hecho de que me abandonaste hace ocho años…

—¿Abandonarte? —repitió Liam—. No te abandoné. Sencillamente, nuestra relación se rompió.

¿No?

—Mira, ya da igual.

—A mí no me da igual. Tú…

—¡Tío Liam! —exclamó Bobby, echándose en sus brazos.

Liam lo abrazó, riendo.

—Hola, *spalpeen*.

—¿Qué me has llamado?

—Golfillo, en gaélico —rio él, acariciando su pelo—. ¿Qué tal en el colegio?

—Bien. ¿Podemos jugar con la cometa?

—No puedo quedarme mucho tiempo, Bobby —contestó Liam, mirando a Laura—. Mañana me marcho muy temprano a Irlanda.

Ella no le había contado la razón para su visita, pero por la expresión triste de Bobby quizá debería haberlo hecho.

—¿Cuándo volverás?

Liam se puso en cuclillas para mirarlo a los ojos.

—Dentro de unas semanas, posiblemente…

El niño se apartó entonces, furioso.

—¡No es verdad! ¡No vas a volver!

—¡Bobby!

Laura nunca lo había visto portarse de esa forma. Sabía que estaba encariñado con Liam, pero no entendía su reacción.

—Claro que volveré. Y cuando lo haga… —empezó a decir él.

—Nunca volverás —lo interrumpió el niño, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Mi padre se marchó y no volvió nunca!

Laura tenía un nudo en la garganta.

—Bobby, esto no es igual. Papá estaba enfermo, ya lo sabes. No quería irse, pero no pudo evitarlo.

—Liam sí puede evitarlo, pero se marcha —sollozó el crío—. Creí

que te gustaba.

—Claro que me gustas. Te prometo que volveré dentro de unas semanas…

—¡No! —lo interrumpió Bobby, sacudiendo la cabecita—. Llévate la cometa. ¡No la quiero!

Después, salió del cuarto de estar y ambos escucharon el sonido de sus pasos en la escalera.

Laura estaba atónita.

Cuando Robert murió, le explicó lo que había pasado y creyó que Bobby lo entendía. Aparentemente, estaba equivocada.

Entonces se dejó caer en el sofá y enterró la cara entre las manos.

Aquello era demasiado. Demasiado después de la tensión de los últimos días.

—No llores —murmuró Liam, envolviéndola en sus brazos—. Bobby no lo dice de verdad. Es que le duele ver desaparecer a otra persona.

—No sabía que se sentía abandonado desde la muerte de Robert. Pensé que… lo había entendido. Tengo que subir a hablar con él.

—Déjalo solo unos minutos. En este momento está enfadado con los dos. Pero una cosa está clara, tu decisión de no presentarles a tus «amigos transitorios» ha sido excelente.

Laura sintió un peso en el corazón. ¿Amigos transitorios?

—¿Tú eres uno de ellos?

—No, no lo soy. Tú sabes que no es eso lo que quiero.

Liam había dejado claro que quería una relación con ella, pero no sabía de qué tipo. Aunque tenía razón en una cosa: había hecho bien protegiendo a Bobby. Había hecho bien al no presentarle a ningún nombre con el que pudiera encariñarse y que, sencillamente, un día se iría de su vida sin dar explicaciones.

Pero, hasta aquel momento, no había sabido que su hijo se sentía abandonado por Robert.

—Tengo que subir a verlo —murmuró, apartándose—. Creo que será mejor que te marches.

—Volveré, Laura. Díselo.

—Supongo que esa posibilidad es más de lo que me ofreciste a mí hace ocho años —dijo ella, con amargura.

Liam la miró en silencio durante unos segundos.

—Tengo que resolver unos asuntos en Irlanda —dijo por fin, levantándose.

—¿Asuntos de faldas?

—Pues sí, asuntos de faldas. Es el cumpleaños de mi madre y le

hemos organizado una fiesta sorpresa para el miércoles. Evidentemente, tengo que acudir a una fiesta familiar.

—Evidentemente —repitió Laura, preguntándose cómo reaccionaría Mary O'Reilly si le dieran la mayor de las sorpresas: su nieto.

—Podrías venir conmigo. Y Bobby, claro.

—No, gracias. Como tú mismo has dicho, es una fiesta familiar.

—Como he dicho… —Liam no terminó la frase—. Dile a Bobby que volveré el jueves. Y cuando vuelva quiero que hablemos. Pero hablar de verdad.

—Yo…

—¿Tú no quieres hablar?

No, no quería hablar. Pero no tenía elección.

¿Sabría Liam que Bobby era su hijo? ¿Estaría completamente seguro de que era su padre? Y si era así, ¿por qué no lo decía?

—No soy el hombre que era hace ocho años, Laura. Entonces intenté ser noble… y acabé siendo todo lo contrario. Esta vez estoy dispuesto a hacer las cosas bien.

—¿Noble? —repitió Laura. No era una palabra que pudiera asociar con Liam—. No sé de qué estás hablando.

—Sé que no lo sabes —sonrió él, con tristeza—. Pero eso es de lo que tenemos que hablar. Volveré el jueves y hablaré con Bobby antes de que se vaya a la cama. No hagas planes para esa noche.

—¿Cómo te atreves a decirme lo que debo hacer?

—Sube a hablar con Bobby. Dile que volveré el jueves —fue la respuesta de Liam.

Pero, ¿cómo iba a decirle al niño que volvería si ella misma no estaba dispuesta a creerlo?

Capítulo 12

—¿Ya no quieres más? —exclamó, sorprendida, al ver que Bobby dejaba la pizza sobre el plato.

Desde el lunes por la noche, el niño estaba muy callado. Había parecido aceptar lo que le dijo sobre la muerte de Robert, pero no parecía creer que Liam iba a volver.

Quizá porque tampoco ella lo creía.

Liam llamó desde el aeropuerto antes de tomar el avión para saber cómo había ido la charla con el niño… pero Laura no pudo decirle nada porque Bobby se había encerrado en sí mismo.

Además de esa llamada no volvió a saber nada de él y no estaba segura de que fuese a aparecer aquella noche.

Lo primero que Bobby preguntó al despertarse por la mañana era si Liam había llamado, pero Laura no pudo darle una respuesta.

Por eso había llevado al niño a una pizzería para cenar, esperando que olvidase la posible visita de Liam. Aunque, por su falta de apetito, no debería haberse molestado.

—No quiero más. ¿Podemos irnos a casa? —preguntó Bobby.

—Sí, claro —contestó ella, con el corazón encogido.

Su hijo quería disimular, pero estaba deseando llegar a casa para comprobar si Liam iba a visitarlo como prometió. Laura conocía bien ese sentimiento. Sabía muy bien lo que era esperar… sin que la persona amada diera señales de vida.

Y no quería que su hijo sufriera como había sufrido ella. Por eso Liam y Bobby nunca deberían haberse conocido. Por supuesto, no podría haber anticipado el lazo que iba a crearse entre ellos de forma inmediata, pero era un riesgo para Bobby, para las frágiles emociones de un niño…

El encuentro había sido inevitable, como fue inevitable que se gustasen el uno al otro. Pero estrangularía a Liam O'Reilly con sus propias manos si desilusionaba a su hijo.

Bobby apenas podía contener la emoción mientras volvían a casa y Laura se alegró de ir conduciendo para poder concentrarse en algo que no fuera la posible llegada del «tío Liam».

En cuanto aparcó el coche en el garaje, el niño salió corriendo y ella lo siguió, pensativa.

—¿Por qué ha tardado tanto, señora Shipley? —oyó una voz masculina en el pasillo.

¡Era Liam!

Entonces levantó la mirada y lo vio con un sonriente Bobby en

brazos. Juntos eran… eran como padre e hijo. Y cuando lo miró no sintió amargura. Lo que sentía era completamente diferente.

Seguía enamorada de Liam.

¿Había dejado de estarlo alguna vez?

Pensaba que así era, que su amor por el había muerto tiempo atrás. Pero mirándolo en aquel momento, con su hijo en brazos. Laura supo que nunca había dejado de amarlo, que solo había escondido esa emoción hasta de sí misma.

Pero Liam había vuelto.

—Ha vuelto, mamá —dijo Bobby, con su sonrisa mellada.

Ella tragó saliva, intentando portarse con naturalidad.

—Sí, es verdad —murmuró, dejando el bolso sobre la mesita del pasillo.

¿Cómo podía seguir amándolo?

¿Cómo podía no hacerlo? Cada vez que miraba a Bobby, a quien quería por encima de todo, su amor por Liam crecía más y más.

—¿Estás bien, Laura?

Ella levantó la mirada y lo vio con expresión preocupada. ¿Cómo podía estar bien si acababa de darse cuenta de que seguía enamorada de él?

—Si no te importa, os dejo solos un rato… mientras voy a cambiarme.

Liam siguió mirándola con expresión perpleja durante unos segundos.

—No tardes. He traído un trozo de la tarta de cumpleaños.

Maravilloso… seguramente se atragantaría.

Cuando llegó a su dormitorio, Laura se tiró sobre la cama, llorando. Seguía enamorada de Liam O'Reilly. Era imposible, increíble.

Liam había dejado claro que seguía encontrándola atractiva, que le gustaría mantener algún tipo de relación. Pero habían pasado demasiadas cosas durante aquellos ocho años como para empezar de nuevo.

Además, estaba Bobby.

Su hijo. Cuando la dejó ocho años atrás y se casó con otra mujer… Laura supo que no podía llamarlo para decirle que estaba embarazada.

Simplemente, ya no lo quería en su vida. La había traicionado y debía olvidarse de él.

Pero, ¿y Bobby? Su decisión lo privó de conocer a su padre y viceversa.

Sin duda, Robert había sido un padre maravilloso, pero si hubiera tenido elección, ¿querría Bobby saber quién era su verdadero padre? ¿Y cómo se tomaría Liam la noticia de que Bobby era su hijo?

Pero aquellas preguntas no resolvían nada.

Seguía dolida con Liam por haberla abandonado, pero él también se sentiría dolido al saber que tenía un hijo del que no sabía nada. ¿No dijo el otro día que no habría cometido los errores que cometió si se hubiera casado con ella antes de ira Hollywood?

Laura dejó escapar un suspiro. No sabía qué hacer. Estaba enamorada del padre de su hijo. En otras circunstancias, sería un sentimiento natural. En las suyas, podría ser tan desastroso como ocho años antes.

¿Qué podía hacer?

Liam había dicho que quería hablar con ella cuando Bobby se hubiera ido a la cama. Y temía aquella conversación.

—Ven a comer tarta, mamá —la invitó el niño en cuanto entró en la cocina—. Está muy rica.

—La hizo una de mis hermanas —sonrió Liam.

—¿Ah, sí? Qué bien. La cocina nunca se me ha dado bien —replicó ella.

—¿Has tenido un mal día?

Los ojos de Laura se llenaron de lágrimas.

¿Un mal día…? Un día horrible, desde luego.

—¿Dónde está Amy?

—Ha salido a hacer unas cosas. Pareces cansada, Laura. ¿Tienes que trabajar tanto?

—Por si no te acuerdas, dirijo una editorial.

—Y tienes un niño que cuidar, lo sé.

Pero no estaba cansada por ninguna de esas razones. La verdad era que no había dormido bien desde que Liam se fue. Y entonces ni siquiera sabía que estaba enamorada de él.

—La mayoría de las mujeres tienen más trabajo que yo.

—Pero seguro que no tienen tanta responsabilidad. Shipley es una editorial muy importante y…

—El departamento de maquetación ha empezado a trabajar en la portada de tu novela —lo interrumpió ella—. Espero que te guste.

—Seguro que sí. Siéntate, te serviré una taza de café.

Laura se sentó. No porque Liam se lo hubiera pedido, sino porque le temblaban las piernas.

Bobby estaba más contento que nunca, evidentemente debido a

la presencia de Liam. ¿Qué iba a hacer?

—Deja de preocuparte. Todo saldrá bien —dijo él entonces, tomando su mano.

Laura no estaba tan segura. Cuando le dijera que Bobby era su hijo… y sentía que debía hacerlo, sentía que era su deber.

Ojalá tuviera una hermana o una gran amiga a quien pudiera contárselo todo. Pero, como Liam había dicho, estaba muy ocupada dirigiendo la editorial y cuidando de su hijo. Su única amiga era Amy y, como había trabajado para Robert durante veinte años, se sentiría desleal si le hablase de sus sentimientos por el padre de su hijo.

—Voy a subir por la cometa —dijo Bobby entonces, con la boca llena de tarta.

Laura lo vio salir de la cocina, nerviosa.

—¿Qué tal en Irlanda? —preguntó, por hablar de algo.

—Te eché de menos. A ti y a Bobby.

—Seguro que a tu madre le hizo mucha ilusión verte. ¿Le gustó la fiesta sorpresa?

—Sí, claro —sonrió él—. Aunque me parece que no fue una sorpresa del todo. Mi madre es una mujer muy perceptiva. Por cierto, vio las fotografías en los periódicos.

Laura hizo una mueca.

—¿Y qué dijo?

Liam se encogió de hombros.

—Que le gustaría conocerte.

—¿No le contaste que todo era mentira?

—¿Para qué? Mi madre siempre sabe cuándo miento.

Ella lo miró, con un ojo azul y el otro verde, ambos sorprendidos.

—Pero…

—No sabe que eres la misma Laura de hace ocho años.

—¿Tu madre sabía quién era yo?

—Sí, claro.

—Pero…

—Ya estoy aquí —anunció Bobby, entrando de nuevo en la cocina—. ¿Puedo salir al jardín, mamá?

—Si Liam quiere…

—Llevo tres días pensando en esa cometa —sonrió él.

A Laura le resultaba difícil de creer, pero si eso hacía feliz a Bobby…

Además, se alegraba de estar sola un rato para poner sus pensamientos en orden.

Liam le había hablado a su madre de ella.

Le parecía increíble. Su relación apenas había durado seis meses, pero durante casi todo el tiempo Liam la trató como si fuera una de sus hermanas, alguien a quien se le da una palmadita en la espalda cuando hace algo bien y un grito cuando hace algo mal.

¿Por qué le habría hablado de ella a su madre?

Otro asunto que necesitaba explicación.

Cuando terminasen de darse explicaciones el uno al otro, no quedaría nada sin aclarar.

—Todo estaba riquísimo —sonrió Liam cuando el ama de llaves retiró los platos.

—Gracias, señor O'Reilly —sonrió Amy a su vez, agradeciendo el cumplido—. Voy a limpiar la cocina y después me iré a dormir, señora Shipley.

—Me parece muy bien —dijo Laura.

Bobby llevaba una hora en la cama, después de insistir en que Liam le leyese un cuento.

Como si fueran una familia, pensó Laura. Aquella situación definitivamente se le había escapado de las manos.

Y cuanto antes aclarasen las cosas, mejor para todos.

A pesar de todo, se le hizo un nudo en el estómago cuando Amy cerró la puerta del comedor.

—Deberías conocerme mejor, Laura. No muerdo —dijo Liam entonces.

El comentario tenía doble sentido, por supuesto. Había querido recordarle que era un amante apasionado pero suave, como ella sabía bien.

—Ya sé que no muerdes.

—¿Quieres que llevemos el café al cuarto de estar?

¿Por qué no? Así solo retrasaría el temido momento un poco más, pero era un respiro.

Liam no se sentó cuando llegaron al cuarto de estar. Se dedicó a pasear de un lado a otro, como si tampoco él supiera por dónde empezar.

Entonces se detuvo delante de una mesa y observó una fotografía. Había sido tomada poco después de que Bobby naciera. Roben estaba sentado en el sofá y Laura a su lado, con el niño en brazos.

—Parecíais una familia feliz.

—Lo éramos.

—¿Roben fue un buen padre?

Laura tragó saliva.

—Sí, un gran padre.

—¿Y un buen marido?

—Ya te he dicho que lo fue.

—Me alegro —murmuró Liam, dejando la fotografía sobre la mesa.

—¿Te alegras?

—¿No me crees?

—No lo sé —suspiró ella.

—Nunca te he deseado nada más que felicidad, Laura. Nunca.

¿Cómo podía creerlo? Él había sido su felicidad ocho años antes y, seis meses más tarde, desapareció cruelmente de su vida.

—Déjalo…

—Hace ocho años tú eras una niña…

—Tenía veintiún años —lo interrumpió ella.

—Eras una cría. Tus padres murieron cuando tenías dieciséis años y te quedaste en esa edad…

—Eso es una bobada y tú lo sabes.

—Perder a tus padres a los dieciséis años es muy duro. Tenías un tutor que se encargaba de pagar tus estudios, pero emocionalmente estabas rota. Yo no sabía eso cuando te conocí, pero enseguida me di cuenta de que necesitabas que alguien te quisiera.

—Y eso no entraba en tus planes, ¿verdad?

—No tienes ni idea de lo que yo sentía hace ocho años, Laura. No eras suficientemente madura…

—¡Por favor! —exclamó ella, levantándose—. No intentes culpar a mi inmadurez de lo que pasó. Eso no impidió que me hicieras el amor, ¿verdad?

—Nada habría podido detenerme esa noche… esa única noche que te hice el amor —admitió Liam—. Llevabas seis meses en mi vida, con tu encanto, tu atractivo, tu dulzura, tu aceptación total de lo que yo era. Cuando empecé a tocarte aquella noche, a besarte… no habría podido parar como no habría podido dejar de respirar.

—Dijiste que había sido un error —murmuró Laura—. Que no debería volver a ocurrir.

No había vuelto a ocurrir. Bobby fue concebido aquella misma noche, aquella única noche de pasión.

Y Liam se marchó antes de que pudiera decírselo.

—Porque fue un error.

—Evidentemente, lo pasaste bien y después te fuiste sin mirar atrás —dijo ella entonces, cáustica.

La expresión de Liam se oscureció.

—Evidentemente, no tienes ni idea de lo que sentí después de aquella noche.

—Te sentirías como un seductor, supongo.

—Eras virgen hasta ese momento, Laura. Y yo… yo no me sentí como un seductor. Todo lo contrario.

Ella cerró los ojos.

Habían salido a celebrar que Liam acababa de firmar un contrato para escribir el guión de su película en Hollywood y bebieron demasiado.

Era lo más natural terminar haciendo el amor. Al menos, a ella se lo había parecido.

—No debería haber bebido tanto —murmuró Liam.

—Lo que pasó entre nosotros no tuvo nada que ver con el alcohol —protestó Laura—. Tenía que ocurrir. Me sorprendió que no ocurriese antes.

Se había enamorado de Liam desde el primer día. Fue él quien quiso esperar. ¿Era así? ¿La había creído demasiado joven, demasiado inmadura?

—No debería haber pasado. Me dije a mí mismo que no podía pasar, que era demasiado mayor para ti…

—Solo tenías diez años más que yo.

—Pero tenía mucha más experiencia. Y no me refiero solo a experiencia en la cama. Me fui de Irlanda con dieciocho años y viví la vida a tope.

—Y entonces, la tonta de Laura llegó a tu vida.

Siguiéndote a todas partes.

—No fue así y tú lo sabes. Te busqué yo, pero no debería haberlo hecho. Me encantaba estar contigo, pero sabía que sentías una admiración infantil por tu tutor, el hombre que te había rescatado cuando murieron tus padres. Y también me di cuenta de que yo empezaba a hacer el mismo papel. Me veías como un héroe, pensabas que nunca podía equivocarme…

—Eso son tonterías —lo interrumpió ella.

—Yo no era perfecto, Laura.

—Lo que sentía por ti no tenía nada que ver con… los sentimientos por mi padrino. Sí, lo quería mucho. ¿Cómo no iba a quererlo? Lo conocía desde pequeña y siempre fue muy bueno conmigo.

—Por eso estaba celoso de él —dijo Liam entonces—. Siempre estabas hablando de tu padrino… «mi tío Rob ha dicho esto», «mi tío Rob me ha regalado esto otro».

—Lo quería mucho. Era el hombre más bueno y más generoso que… —Laura no terminó la frase al ver el brillo en los ojos del hombre.

—Creo haber oído esa misma descripción hace poco.

Era cierto. ¿Recordaría que había usado esas mismas palabras para describir a Roben, su marido?

Laura se quedó en silencio, pálida, intentando conciliar lo que daba vueltas en su cabeza.

—He sido un idiota, ¿verdad? Un completo idiota.

Laura hubiera querido decírselo de otra forma, pero nada podía hacerse tranquilamente con Liam O'Reilly. Todo tenía que ser a su manera.

—No puedo creer lo tonto que he sido. Me quedé tan sorprendido al verte de nuevo que… no fui capaz de hacer la conexión. El tío Rob. Tu marido. Roben. La misma persona, ¿verdad? —preguntó, levantando la voz. Ella lo miró sin decir nada —. ¿Son la misma persona? ¡Contéstame!

—No lo entenderías.

—Roben Shipley era tu tutor, tu padrino, ¿verdad? El adorado tío Rob de quien no dejabas de hablar.

—¡Sí! —exclamó Laura, con los ojos llenos de lágrimas.

Liam la miró, incrédulo.

—Yo pensé… creí… he estado haciendo el idiota, ¿verdad? —murmuró, acercándose a la puerta.

—¿Dónde vas?

—Tan lejos de aquí como sea posible.

—Pero…

—No digas nada, Laura —la interrumpió él, con los dientes apretados—. No digas ni una palabra más.

Lo vio salir del cuarto de estar y oyó después un portazo. Se había ido y seguramente no volvería jamás.

Entonces recordó algo: no le había dicho que Bobby era su hijo.

Capítulo 13

—¡No le había contado lo más importante!

Que, aunque sentía mucho cariño por Robert, no lo quiso como a él. Que Roben tampoco la había amado de una forma romántica.

Que, además de para ayudarla cuando le contó que estaba esperando un hijo. Roben Shipley había visto ese matrimonio como la única forma de tener una familia.

Liam se había marchado antes de que pudiera contarle todo eso. Antes de que pudiera explicarle…

Laura se sentó, preguntándose qué debía hacer. Estaba segura de que no volvería más. Y tenía que saber la verdad. Fueran cuales fueran las consecuencias, tenía que contárselo. Se lo debía a Liam y se lo debía a Bobby.

No tardó mucho en organizarse. Llamó al hotel para comprobar si estaba alojado allí de nuevo, subió a la habitación de Amy para decirle que iba a salir un momento y después entró en el coche a toda prisa, antes de perder el valor. Sabía que Liam no querría verla, pero tenía que decirle que era el padre de Bobby.

—Me parece que he visto al señor O'Reilly entrar en el bar hace un rato —le dijo el recepcionista.

—Gracias.

Si Liam estaba bebiendo…

Pero había ido allí para hablar con él y hablaría con él.

Estaba sentado en una esquina del bar, con un vaso de whisky en la mano.

Laura se colocó a su lado y cuando Liam levantó la cabeza, la fulminó con la mirada.

—¿Qué quieres?

Lo que quería era sentarse a su lado y contar lo que tenía que contarle sin que él dijera nada.

Y marcharse después.

—¿Te importa si me siento?

—¿Por qué no? Este es un país libre. Aunque, si quieres tomar una copa, hay muchas mesas vacías.

—No quiero una copa —dijo Laura—. Te has ido sin dejarme terminar.

Liam tomó un trago de whisky y ella lo miró, preocupada.

—No pasa nada. He pedido esta copa hace diez minutos y aún no me la he tomado. No estoy borracho.

Laura dejó escapar un suspiro. Sabía que aquello no iba a ser

fácil.

—Liam, hay cosas sobre mi matrimonio que… tú no sabes. Las circunstancias…

—¿Estamos hablando de Bobby? —la interrumpió él.

—¿Qué pasa con Bobby?

—Quizá esto te ayude —dijo Liam entonces, sacando unas fotografías del bolsillo.

Eran fotografías de un niño, en blanco y negro. Debían tener unos treinta años… pero el niño podría haber sido Bobby.

—¿Eres tú? —consiguió preguntar Laura, con un nudo en la garganta.

—Se las pedí a mi madre cuando estuve en Irlanda —contestó él, guardándolas de nuevo.

—¿Desde cuándo lo sabes ?

—Desde la primera vez que vi a Bobby.

—Entonces, ¿por qué…?

—¿Por qué no dije nada? Estaba esperando que lo hicieras tú. Como siempre, he sido un idiota.

—Iba a decírtelo…

—¿Cuándo?

—Esta noche. Pero cuando iba a hacerlo…

—Yo descubrí que te habías casado con tu querido tío Rob. Qué conveniente.

—¿Por qué me lo estás poniendo tan difícil, Liam?

—¿Difícil? —repitió él, furioso—. No sé por qué has venido, Laura. Y creo que sería mejor que te fueras.

—¿Mejor para quién? ¿Crees que le mentí a Robert, que le dije que el niño era suyo? —le espetó Laura, enfadada—. Roben sabía perfectamente que Bobby no era hijo suyo. No podría serlo.

—¿Por qué no?

Ella abrió su bolso.

—Yo también he traído una fotografía.

—Ya la he visto antes —murmuró Liam, al descubrir que era la que había estado observando en su casa.

—Lo que no has visto es la silla de ruedas. La silla de ruedas en la que mi marido estuvo confinado durante veinte años.

Liam tomó la fotografía entonces. Y Laura sabía lo que estaba mirando. Por la postura de las piernas de Robert, estaba claro que no podía caminar. Se había roto la espina dorsal jugando al rugby en la universidad y estaba paralizado de cintura para abajo.

—No tenía ni idea.

—Siguió viviendo como si no hubiera sufrido el accidente —dijo ella, con un nudo en la garganta—. Me ayudó mucho durante el embarazo, estuvo conmigo en el parto y se levantaba por las noches cuando Bobby lloraba. Jugaba con él durante horas, sin cansarse nunca. La primera vez que lo llamó «papá», sus ojos se llenaron de lágrimas. Nunca pensó que podría ser padre, Liam.

Él tragó saliva.

—¿Estabas enamorada de Robert? Dímelo, Laura.

—He intentado explicarte lo que sentía por mi marido, pero tú no has querido escuchar —suspiró ella—. Quería mucho a Robert, muchísimo. Pero no estaba enamorada de él.

¿Cómo podía haberlo amado si el único hombre de su vida estaba sentado frente a ella?

—No creo que un bar sea el sitio adecuado para hablar de esto —dijo Liam entonces—. ¿Quieres subir conmigo a la suite?

Ya no parecía enfadado, solo triste. Cargado de una tristeza que Laura no podía entender.

Pero le gustaría…

—Sí, subiré contigo.

Liam la tomó del brazo mientras iban hacia los ascensores. Ella estaba tensa. Tantas cosas dependían de aquella conversación… tantas cosas.

Cuando llegaron a la suite, Liam sacó una botellita de whisky del minibar.

—Para ti. Creo que necesitas una copa.

A Laura no le gustaba el whisky, pero Liam tenía razón. En aquel momento necesitaba una copa. El primer sorbo le supo muy fuerte, pero después sintió un calorcito en el estómago que calumba un poco mis nervios.

—Gracias.

—Siéntate —murmuró él—. Yo prefiero quedarme de pie. Sé que aún no has terminado, pero quizá te sirva de ayuda escuchar lo que tengo que decir.

—Adelante —murmuró Laura.

Liam dejó escapar un suspiro.

—Ya te he dicho que hace ocho años me sentía mucho mayor que tú. Lo que no te he dicho es que estaba enamorado de ti. Absoluta, locamente enamorado de ti.

Ella se quedó mirándolo, incrédula. No podía ser.

—Liam…

—Las emociones siguen transparentándose en tu cara —suspiró

él entonces—. Estaba enamorado de ti, Laura. Pero pensé que te faltaba mucho por vivir antes de que tuviera derecho a pedirte que me dedicases tu vida.

—Pero no podías estar enamorado de mí. No me habrías dejado de esa forma si me quisieras.

No te habrías casado con otra si de verdad estuvieras loco por mí.

Liam suspiró, cansado.

—Después de hacer el amor contigo supe que debía alejarme de tu vida y darte una oportunidad de crecer sin mi influencia. No fui directamente a Hollywood. No sé si recuerdas que iba a pasar por Irlanda primero. Entonces hablé con mi madre de ti… se lo conté todo.

—¿Todo? —repitió Laura.

—Todo. Mi madre también pensó que la muerte de tus padres había sido un golpe muy duro, que seguías siendo emocionalmente inmadura y que lo mejor era alejarme de ti durante un tiempo…

—¡Tan inmadura como para tener un hijo! —lo interrumpió ella —. ¿No crees que tu madre y tú deberías haberme dejado decidir si era madura o no?

—Yo pensaba volver, Laura. No pensaba alejarme de ti para siempre.

Ella lo miró, incrédula.

—Te casaste, Liam.

—Te echaba mucho de menos cuando llegué a Hollywood. Bebía tanto… A veces no recordaba días enteros. No estoy inventando excusas…

Diana era preciosa y también fue solo una noche. Después me dijo que estaba embarazada.

¿Qué iba a hacer? Me casé con ella. Unas semanas después descubrí que no era verdad, nunca había estado embarazada. Es el truco más viejo del mundo y yo caí como un tonto.

Qué ironía, pensó Laura. Porque ella sí estaba embarazada de verdad.

—¿Qué quieres que diga, Liam?

—¿Sobre mi matrimonio? Nada. Es un error que he tenido que pagar muy caro. Pero esa fue la razón para no volver contigo. Sabía que no me lo perdonarías, que nunca creerías que solo te amaba a ti. Y cuando te vi la semana pasada…

—¿Qué pensaste entonces?

—Pensé que el destino me ofrecía una segunda oportunidad —

suspiró él—. Y entonces me enteré de que eras viuda, que tú marido tenía treinta años más que tú…

—Crees que me casé con Roben por dinero —lo interrumpió Laura.

—No se me ocurría ninguna otra razón. Pero cuando vi a Bobby lo comprendí todo. Pensé que te habías casado con él por seguridad, para que el niño llevase su apellido. Al menos, esperaba que fuera por eso. Y entonces hoy me entero de que Robert era tu tío Rob… el nombre al que adorabas hace ocho años.

—Claro que lo adoraba. Me ayudó como nadie, no me dejó sola ni un momento. Siempre estaba cuando lo necesitaba. ¿Cómo no iba a quererlo? Pero no estaba enamorada de él. Ni él de mí. Nuestro matrimonio fue más un acuerdo de buena amistad. Estábamos unidos por el amor que ambos sentíamos por Bobby.

—Cómo has debido odiarme estos años —suspiró Liam entonces.

—Sí —Laura no pensaba mentirle. Lo había odiado por abandonarla, por casarse con otra mujer, por no estar a su lado cuando nació el niño—. Te odié durante un tiempo. Pero cuando Bobby nació, había demasiado amor en mi corazón como para seguir odiándote.

—Yo también lo quiero, ¿sabes?

—Lo sé —suspiró ella—. Al principio, cuando descubrí que estaba embarazada no sabía qué hacer. Robert me aconsejó que te lo dijera. Incluso estaba dispuesto a ir conmigo a Hollywood, él que odiaba el avión. Y entonces vimos las fotografías de tu boda en los periódicos…

—Laura…

—No —dijo ella, levantando una mano para que la dejase terminar—. Tengo que decírtelo todo. Tenía veintiún años y el padre de mi hijo acababa de casarse con otra mujer. Robert sabía que yo quería tener el niño y me pidió que me casara con él. Y ahora viene lo más difícil, Liam —dijo, mirándolo a los ojos.

—Si te consuela, sé que merezco lo que vayas a decir.

Laura se levantó.

—No es cuestión de merecerse nada. Si yo hubiera sido diferente hace ocho años, quizá nada de esto habría ocurrido. Pero la realidad es que ambos somos lo que somos. Y si me hubieras pedido entonces que me casara contigo, te habría dicho que sí. Pero, la verdad, debo decir que no cambiaría nada de lo que ha pasado durante estos ocho años.

—¿Quieres decir que te casaste con el hombre al que querías de

verdad? —murmuró Liam.

—¿Es que no me has oído? —le espetó ella, impaciente—. Quise a mi marido, lo quise mucho. Pero no estaba enamorada de él. Tengo que ser sincera contigo, Liam. No lamento haberme casado con Robert. No pudo ser mejor marido y Bobby no pudo tener un padre más bueno. Tenía que decirlo. Si quería que hubiese una buena relación entre ellos, tenía que decirle toda la verdad. Para que supiera que no lamentaba haberse casado con Robert y para que supiera también que jamás le permitiría decir nada malo de él.

No estuvo enamorada de Robert Shipley, pero lo quiso. Como lo quiso Bobby, para quien fue el mejor padre del mundo. Liam tenía que aceptarlo.

Él la miró, pensativo.

—Hace un rato me has preguntado por qué no te dije que sabía que Bobby era mi hijo. La respuesta es que estaba esperando que tú me lo dijeras. Pero hay algo más, Laura. Ser padre no consiste solo en dejar a una mujer embarazada. Sé muy bien que ser padre es estar al lado de la madre durante el embarazo, durante el parto, cuando el niño llora, cuando no quiere hacer los deberes… Todo lo que hizo Robert. El afecto que sentías por él me asustaba, pero ya no. Ahora le agradezco todo lo que hizo por… Bobby.

Los ojos de Laura se llenaron de lágrimas.

—¿Lo dices de verdad?

—Claro que sí. No pienso entrar en la vida de Bobby anunciando que soy su verdadero padre. Tengo que ganarme ese derecho. Como tengo que ganarme el derecho a decirte… que sigo enamorado de ti —dijo Liam entonces—. Que nunca he dejado de amarte.

—Liam…

—¿No me crees?

—Liam…

—¿Vas a darme una oportunidad? —le preguntó él, con expresión angustiada.

Laura respiró profundamente.

—Te quiero, Liam —admitió por fin.

—¿Me quieres o estás enamorada de mí?

Ella soltó una carcajada.

—¿Tú qué crees?

—¡No lo sé, estoy confundido! —exclamó Liam—. Aunque espero que sea lo segundo. No sabes cómo lo espero, Laura —murmuró, clavando en ella sus ojos azules—. Te quiero mucho. Nunca e dejado de quererte. Y si me das la oportunidad, me gustaría convencerte de

ello.

—¿No crees que ya hemos perdido mucho tiempo? —dijo Laura entonces.

Liam la estrechó en sus brazos, apretándola tan fuerte que se quedó sin respiración.

—Te quiero, Laura. Te quiero tanto que me duele —murmuró, sobre su boca—. No puedo vivir sin ti.

Estaba temblando, como ella.

—No tienes que vivir sin mí. Ya no.

Liam la besó entonces, con ansiedad, con desesperación. Y Laura supo que, aquella vez, sería imposible separarlos.

Aquella vez era para siempre.

Epílogo

—¡Mira lo pequeña que es! —exclamó Bobby mirando la cuna—. ¿A que es preciosa?

Liam miró a Laura y los dos compartieron una sonrisa de felicidad al ver lo entusiasmado que estaba Bobby con su hermanita Hannah.

—Es preciosa. Pero no tanto como tu madre —murmuró él, besando su mano—. Gracias —le dijo al oído.

—¿Cuándo podemos llevarla a casa, mamá? —preguntó el niño.

Laura sonrió, contenta. Liam y ella se habían casado un año antes, un año de absoluta felicidad, pero también de cambios necesarios. Sobre todo, para Bobby.

El niño había tenido que aprender a compartir a su madre con su «tío Liam». Y tendría que aprender a compartirlos a los dos con Hannah.

—Mañana, seguramente —contestó Laura, exhausta.

Liam había estado con ella durante el parto y no tenía dudas de que estaría a su lado para ver crecer a Hannah.

Su novela había sido publicada tres meses antes y, como intuían, se convirtió inmediatamente en un best—seller.

Laura nunca había sido tan feliz, enamorada y sabiéndose amada por su marido. Y, un año después de casarse, acababan de tener una hija.

La vida era maravillosa.

Él opinaba que Bobby debía seguir considerándolo como al «tío Liam» y que era mejor esperar que lo llamase papá cuando él quisiera. Solo cuando fuese un poco mayor le contarían la verdad.

—¿Puedo tomar a Hannah en brazos, mamá?

—Si te sientas en esa silla para que pap… el tío Liam pueda estar pendiente, sí. Es muy pequeña.

Casi lo había llamado «papá», pero era así como lo veía. Se había convertido en un verdadero padre para Bobby, jugando con él, regañándolo cuando era necesario, escuchándolo… Y sabía que si Robert pudiera verlos estaría contento.

—¿Puedes sacarla de la cuna, papá? —preguntó Bobby entonces.

Laura vio que los ojos de Liam se llenaban de lágrimas, como los suyos. Era la primera vez que lo llamaba papá…

Y mientras lo observaba tomar en brazos a su nueva hermanita, supo que no sería la última vez.

Ya eran una familia.

Fin